



AMARTE SIN palabras

Carlos Raúl Sánchez Vidal

Maya Aracely Sánchez Soto

Elsa Griselda Henríquez Carrera

Victoria Josefina Gómez Alcívar

Ricardo Melecio Arana Cadena



Amarte sin palabras

Primera Edición, octubre 2024

ISBN: 978-9942-000-00-0

Editado por:

Universidad Técnica de Babahoyo

Avenida Universitaria Km 2.5 Vía a Montalvo

Teléfono: 052 570 368

© Reservados todos los derechos 2023

Babahoyo, Ecuador

www.utb.edu.ec

E-mail: editorial@utb.edu.ec

Este texto ha sido sometido a un proceso de evaluación por pares externos.

Diseño y diagramación, montaje y producción editorial

Universidad Técnica de Babahoyo

Babahoyo – Los Ríos – Ecuador

Queda prohibida toda la reproducción de la obra o partes de la misma por cualquier medio, sin la preceptiva autorización previa.

"Dedicado a Marcia Sui ying Facuy Aguayo"

En las páginas de esta novela y en los recuerdos que compartimos que te profesé y nos profesamos en su momento, encontramos el lienzo de nuestra historia de amor. Aunque los capítulos del romance hayan llegado a su fin, nuestra amistad se ha convertido en el epílogo perfecto. Gracias por ser la musa de mis palabras, el apoyo en mis páginas en blanco y la amiga que siempre estuvo ahí, solidaria en momentos difíciles y de gozos.

Esta novela es un tributo a nuestra complicada, hermosa y eterna conexión.

Con cariño y gratitud,

Carlos Raúl Sánchez Vidal

Introducción

En Balzar, cantón perteneciente a la provincia del Guayas, en la región costera de Ecuador, la vida transcurre con la tranquilidad propia de un pueblo apartado de las frenéticas urbes.

En este escenario rural, la historia de Ismael Laurido se entrelaza con las interacciones cotidianas que surgen en su infancia y juventud. A través de sus ojos, el lector atestigua las costumbres, tradiciones y desafíos que marcan el camino de Ismael hacia la madurez.

El autor nos entrega un relato emotivo, lleno de nostalgia, amor, amistad y superación, con base en la vida de este joven del campo ecuatoriano, cuyas travesuras hasta sus primeros amores son motivo de aprendizaje.

Memorias de la niñez confluyen con las reflexiones de un adulto que busca comprender su pasado y encontrar su lugar en el mundo. A medida que la trama avanza, se develan sus lazos familiares, las relaciones con sus compañeros de escuela y los anhelos que lo impulsan a buscar un futuro mejor.

La narrativa de Carlos Raúl, matizada con simpáticas anécdotas, está centrada en la valoración del amor y su posterior disfrute. La novela nos invita a reflexionar sobre la importancia de la amistad, el valor de la educación y el impacto de las relaciones familiares en la formación de un individuo.

La riqueza de la vida rural, los lazos familiares y los anhelos de superación se conjugan en una trama que captura la esencia misma de la vida.

Capítulo 1

El camino a la casa de mi abuelita tomaba casi hora y media. Ese domingo teníamos que llegar a Balzar y prepararme para ir a la escuela al día siguiente. Recorrimos el pueblo, fuimos a la iglesia a orar, a dar gracia a Dios por haber llegado con felicidad; después fuimos al mercado a hacer compras, pues se nos había enseñado que cuando se visita otra casa, siempre se llevaba

algún cariño, aprovechando que íbamos a comprar los alimentos para el mes. Siempre se compraba así, era la costumbre.

Después visitamos la librería “Panchita”, donde me quedé maravillado por tantos libros exhibiéndose en las vitrinas; me llamaron la atención las fotos de las portadas de novelas y los dibujos. Me preguntaba si yo podía hacer eso, ¡dibujar! No sabía leer ni escribir, pero me preguntaba qué decían cada una de las hojas que tenían esos libros. A mí se me hacía un misterio, y según la fotografía o el dibujo, dejaba volar mi imaginación a mundos imposibles, donde la magia era lo creíble. Luego llegamos a la casa de mi abuelita, esa casa grande con una sala amplia con muebles del siglo pasado, y nos dirigimos a la cocina. En esa cocina se encontraba de todo: pan, carne ahumada, pescado seco, longaniza, rosca, café, aguas aromáticas y, en el guarda frío, un sinnúmero de alimentos y golosinas para picar. El guarda frío era una especie de refrigeradora que se usaba, antes, para guardar los alimentos, estaba confeccionado con madera y mallas metálicas donde todo se mantenía fresco. La azotea era un lugar donde se tendía la ropa o se organizaba algún evento grande en familia.

Esa noche no pude dormir con la ida de ir a una escuela, yo ya había sabido que los niños debían tener cierta edad para ir a la escuela. Me preguntaba cómo serán mis compañeros, mis compañeras y mi profesor; seguramente ha de ser enojado, serio, irritable, me ha de hablar a cada rato y sin duda me ha de hostigar y no voy a querer volver a la escuela. En ese momento, la aurora invadió mi cuarto y el frío de la mañana hizo que me arropara con la sábana, para darle calor a mi cuerpo.

Me estaba quedando dormido cuando interrumpió mi abuelita. —Ya despiértese, para que se levante. El uniforme está listo y planchado.

Al escuchar esa voz me levanté de inmediato, porque tenía uniforme, y era la primera vez que iba a usarlo; lo fui a ver, era una camisa de cuadros azules claros, un pantalón azul marino, acompañado de un cinturón y un par de zapatos nuevos, del tipo media bota; con los cuales me vestí.

Mi abuelita, siempre insistiendo, me decía: —Ya es hora de ir a la escuela, se te va a hacer tarde.

—Ya sé, mamita Tala, ¡ya estoy listo!.

Mi abuelita se había arreglado muy bonito para llevarme a la escuela. Así que me cogió de la mano y salimos juntos. La escuela quedaba en la calle principal, donde transitaba toda clase de vehículos: pesados y livianos, diría que era un poco peligroso.

La escuela se llamaba “19 de Mayo” funcionaba en una casa grande que casi cubría media cuadra, en la planta baja, se ubicaban los primeros, los segundos y los tercer grados y, en la planta alta funcionaban los cuartos, quintos y sextos grados. A mí me asignaron a Primer grado. Había unas mesas largas donde estábamos sólo hombres; y en otra mesa, las niñas. Muchos de los niños lloraban, y eso me aturdí. Mi abuelita de lejos me veía, eso me confortaba. Me acuerdo de que no lloré. El profesor llegó, dibujó en la pizarra unas planas que eran unas bolitas y unas rayitas que teníamos que repetir en los cuadernos, así pasaron las tres primeras horas de clases que tuvimos ese día, después nos mandaron a casa.

Al llegar al barrio donde mi abuelita vivía, se me acercaron muchos niños y me preguntaron ¿Qué tal la escuela?; era novedoso porque muy pocos podían estudiar en ella. En el barrio de La Paz y Rómulo Rendón, había una cancha de tierra donde jugábamos desde las dos hasta las seis de la tarde. Hora en la que nos íbamos a bañar. El barrio estaba compuesto por casas de madera y ladrillo, las calles eran de piedra. Después de un tiempo de vivir con mi abuelita, la vía que llegaba hasta el cementerio, conocida como la calle de La Paz, era de cemento armado, pero la calle Rómulo Rendón, sólo estaba pavimentada hasta la sala de velaciones, de ahí en adelante hasta el final era de tierra o cascajo. Los amigos del barrio eran: Luis Montiel, a quien lo apodaban *Mantequilla*; Beto o Alberto *el Pollero*; los hermanos Cedeño: Froilán y Giovanni; los hermanos Cuello: Antonio, conocido como *Cañola* y Oswaldo. Antonio tenía la habilidad de hacer balones

de medias, que le quedaban muy bien, con esos balones jugábamos al fútbol, además al *pepo*; otras, al *cincuenta el palo*, para lo cual nos reuníamos en un círculo y escogíamos a uno que contara hasta cincuenta, mientras los demás nos escondíamos, y al que se lo encontraba se le lanzaba la pelota antes de llegar al círculo, si llegaba sin haberlo topado con la pelota estaba salvado, en cambio si la pelota lo tocaba y no llegaba al círculo ya estaba quemado, por lo que le tocaba contar y buscar a los que se escondían. Así pasábamos la tarde hasta la llegada de la noche, cuando íbamos a bañarnos, merendar, hacer los deberes, dormir y al despertarnos en la mañana, nuevamente a la escuela.

En una mañana que salíamos al recreo, me topé con mi primo, al que le decíamos el *Negro*, cuyo nombre era Alberto, me dijo que estaba enamorado. Yo no supe qué responderle, porque no sabía el significado de estar enamorado, pero lo escuché. —Primo, es la niña más bonita que he conocido. Ya te la voy a presentar, primo, es la niña más bonita que he conocido.

Yo le pregunté: — ¿La conozco? El me respondió. ¡No!, no. Creo, son extranjeras.

Yo me dije, vaya qué lío se encontró mi primo. Y seguíamos caminando. De pronto me dijo: Ella tiene una hermana, también es bonita, te la voy a presentar. A lo que yo respondí —Bueno, preséntamela.

Durante ese recorrido por el patio de la escuela nos encontramos a la chica extranjera. La niña de la que mi primo, el *Negro*, me había contado. Sí, era una niña muy bonita, era chinita, de raíces orientales, de la cual todas las otras niñas y los niños querían ser sus amigos. La chica que le gustaba a mi primo se llamaba Luisa Min Lee. La hermana se llamaba Mey Lee. Cuando vi a Mey Lee por primera vez, no sabía dónde me quedé, no sabía si yo seguía ahí, si estaba entre el grupo para hacer amistad; me quedé mudo, sin decir una palabra. El tiempo se paralizó, el viento se quedó quieto y los que estaban a mi rededor por un momento los percibí inmóviles. Ella traía puestas unas botas negras de pasadores que iban desde el empeine de hasta sus rodillas, su peinado era de las famosas palmeritas que toda madre le hacía a las niñas de la escala, ella tenía una mirada profunda, cautivadora, con sus ojos achinados de color negro azabache, su mano delicada me la extendió para saludarme. Yo no sabía qué hacer.

Mi primo interrumpió y dijo: —Este es mi primo Ismael Laurido, pero le decimos el *Chino* porque su abuelo por parte de padre es chino.

Luisa respondió: —Ah, mi abuelito también es de la China.

— ¡Ah, ¡qué bueno!, —dijo mi primo el *Negro*, y seguimos conversando hasta que tocó la campana para anunciar que había terminado el recreo—.

Desde ese momento, en mí sólo vivía esa niña de ojos negros, de sonrisa dulce con esa mirada que penetraba el alma. Sus manos eran como lirios. Como escondida entre flores, tenía una fundita de grosellas curtidas, me saludó. Yo topé su mano, la sentí tan suave, que todavía recuerdo ese roce con su piel, aterciopelada, el aroma que emanaba de ella. Me despertaba cada mañana, desayunaba y estaba a la entrada de la escuela solo para verla entrar en clases, esa era mi más alta satisfacción. Solo verla pasar por mi lado, con eso me contentaba.

En una ocasión, en la escuela, se presentaron dos payasos, eran casi niños como nosotros, nos hacían reír como mucho. Yo nunca me había reído tanto como ese día. Mey Lee también se reía, ella siempre estaba junto a su hermana Luisa y sus amigas. A mí me impactaron tanto los payasitos que a tan corta edad tenían esa capacidad de hacer reír, lo cual me pareció asombroso.

Se me pasaron los días, las semanas y los meses en sólo mirarla. Me complacía mirar a esa niña que era mi ilusión, que vivía en mis pensamientos. Ese año se avecinaban las fiestas cantonales, había tambores, cornetas y ensayo. No entendía qué era lo que estaba sucediendo, pero algo tenía que pasar en esos días que eran de locura, fiestas por todo lado, ventas de artículos de toda clase, para cualquier necesidad, gitanos que adivinaban el futuro y remedios para todo mal, aunque algunos eran una estafa.

Llegó el día 26 de septiembre, Día de la Bandera ecuatoriana y cantonización de Balzar, cabecera cantonal, uno de los cantones más productivos de la provincia del Guayas y del país. En esa tierra se produce maíz de calidad, con bajos índices de humedad.

Ese día hubo desfiles. La escuela y el colegio salían a desfilarse, todos querían lucirse. Los alumnos, las bandas de guerras con sus cachiporreras y cachiporreros se esforzaban para quedar bien en el desfile. Todas las instituciones educativas se habían esmerado por

agradar a los espectadores, los bailes públicos eran por doquier, el comercio de novedades invadía las calles de Balzar, yo compré un *avión de Balzar* o de bolla y una marioneta de hilo, cartón y trapo, nos reunimos con los amigos del barrio a jugar. Era un día inolvidable, todos nos divertíamos con nuestros juguetes, así éramos nosotros, nos divertíamos con cosas sencillas. Cómo olvidar los trompos, los trompos cucaracheros, los de seda, el cucarachero era un tropo que saltaba mucho y su tiempo de bailar era corto, de su parte el trompo de seda al hacerlo bailar zumbaba y su baile eran quieto; los trompos por lo general eran de buena madera que no se apolillaba fácilmente, como el guayacán, madera fina duradera.

Los torneos de trompo eran casi a diario. Se fijaba una línea de un lado y otra al lado contrario, todos los hacíamos bailar. Al que le tocaba el turno, hacía bailar su trompo y tenía que tocarlo, empujarlo con la mano para hacerlo avanzar hacia la otra línea. Y el que se pelaba, no podía hacerlo bailar o se quedaba, tenía que aguantar los *ñocos*, así le decíamos a los huecos que se le hacía con la punta del trompo a los trompos del participante contrario. ¡Cuánto nos divertíamos, éramos imbatibles, diestros al manejar nuestros juguetes! ¡Qué días aquellos!

Cuando yo era pequeño, preguntaba por qué las palomas y otras aves vuelan, pero otras no. Nunca me dieron explicaciones fehacientes de su naturaleza de volar. Yo me imaginaba volando, surcando el cielo; quería llamar la atención con lo que podía llegar a ser. Siempre he sido un soñador. A finales de septiembre, los vientos en Balzar eran fuertes y empezaba la novelería de las cometas. Se las confeccionaba utilizando el papel de seda, almidón para pegarlo a las láminas de caña y a la piola. Esos eran los materiales para armar la cometa, también se necesitaba amarrarle un rabo de trapo, después se la ponía al sol para secarla y quedaba lista para hacerla volar. El que la elevaba más alto era el bacán o más importante. Pero no solo elevábamos la cometa, sino también nuestras ilusiones, entre amigos.

Las *bolichas* o las bolas de cristal eran otro tesoro para nosotros. Si tenías una bolita a gogó eras muy importante porque esas eran raras, eran difíciles de conseguir. También había *bolichas* de pingüino, que eran más pequeñas y escasas, las de a gogó eran de un material de losa blanquecino con diferentes colores, no eran hechas de cristal.

Los juegos a la *bolichas* consistían en trazar un círculo y una línea de partida o de pique. Cada participante, según el juego acordado, ponía en el círculo una o dos *bolichas* y el que más se acercaba a la línea de pique, ese era el primero que daba. Si un participante le pegaba de una vez a dos *bolichas*, hacía carambola. Se podía matar el contrincante y te llevabas sus *bolichas*. Pero lo triste era que, a veces, muchachos más grandes que venían de otro barrio, nos hacían *garulla*. Había un chico de la calle del cementerio y Rómulo Rendón, de apellido Torres, al que le decían *Gorilón*, por su corpulencia y abundancia de vello, al que todos le corrían porque era el típico malo del barrio, que en una ocasión en la que me encontraba jugando con Carlín y los hermanos Cedeño, los llamados *Canta, ñañito*, llega *Gorilón* diciendo: —*Garulla, garulla*. —se llevó nuestras *bolichas* y salió corriendo, Se quedó en una esquina riéndose de lo que había hecho, yo me acerqué a él para que me devuelva mis *bolichas* y me dijo: — ¡Qué chucha te voy a devolver tus *bolichas*, ya son mía ahora!

En ese lugar crecía una planta que al tocarla se dormía o se encogía, pero te podía fácilmente enredar; *Gorilón*, justamente estaba parado sobre esas plantas y yo, al ver que no me quería dar mis *bolichas*, me llené de furia, a pesar del miedo, le lancé un puñetazo en la quijada que le hizo perder el equilibrio cayendo al piso, porque se enredó, entonces le caí a golpes. Todos se quedaron quietos, en silencio, impávidos por la hazaña presenciada. Me fui a casa asustado, porque si se levantaba, me iba a dar con lo que tenga. Yo lo había visto pelear, tenía una fuerza brutal, por algo lo llamaban *Gorilón*. Pero no sé qué le pasó, que no se pudo defender. Me escondí, no salía, por más de una semana, hasta que un día mi abuelita me mandó a comprar un sucre de manteca, topándomelo de frente, me quedé paralizado, con un miedo que me daban ganas de orinar, pero yo no me moví, lo miré fijamente. En ese momento yo me moría de miedo, pero puse la mirada fija en él. *Gorilón* se hizo a un lado, siguiendo su camino. Del miedo, la manteca se me calló de la mano, sólo atiné a sentarme en una piedra que habían dejado unos constructores. Con el tiempo nos hicimos muy buenos amigos. Cuando jugaba fútbol en su equipo, como yo no jugaba mal, me ponían de puntero; ese era mi lugar en el fútbol.

Capítulo 2

En la escuela, los alumnos comenzaron a ensayar para la representación del Nacimiento del Niño Dios. Yo no sabía que era diciembre. La escuela y la casa se encendieron con muchas luces. Era curioso, para mí, ver que se suspendían las clases para ensayar; y cada vez que salía de clases o recreo sólo la contemplaba, la miraba, eso me llenaba de placer. Un día se acercó a mí, me habló; diciéndome: —Tú eres el primo de Alberto. —o *el Negro*, como lo llamaba la familia—; y yo le dije nervioso: Sí, yo soy su primo. Y comenzamos una conversación bien amena, pero en una de las preguntas que me hizo me dijo: — ¿Por qué sólo me miras y no te acercas a conversar? —Le respondí: No me acercaba porque siempre andaba con sus amigas. —Pero eso no importa, mis amigas son también tus amigas. —Pero la realidad era que me gustaba, me sentía nervioso cuando ella se acercaba. No sabía qué decir, de qué hablar, solo atinaba a decir *sí o no*. En ese mes no volvimos a hablar; los alumnos y profesores estaban más preocupados por las actividades de la Navidad y fin de año.

En el barrio también había ensayos por la festividad del Nacimiento del Niño Dios, estos se realizaban en la casa de don Filiberto Cedeño, compadre de mi abuelita. Yo siempre frecuentaba los ensayos, por curiosidad y para divertirme. Al llegar la víspera de la Navidad, con su encanto, magia, costumbres y tradiciones. Gozaba con cada actuación que realizaban los participantes: el Ángel con la bola de oro, el diablo que se metía en cada dramatización, el ángel que lo sacaba con la escoba y el verso que se le recitaba al Niño Dios. Uno de los versos que llamó mi atención decía:

Niñito bonito,

con manitos calientes,

mándale un castigo

a los peladientes.

Todos los presentes se ponían serios. Tan serios, que todo cuanto realizaban era muy bien hecho.

Salíamos del ensayo cansados, por lo general nos reuníamos en la noche, a partir de las seis de la tarde, salíamos directamente a dormir porque al otro día teníamos que asistir a la escuela. En la escuela se estaba organizando una fiesta para el 24 de diciembre. Yo sólo veía pasar a esa chinita que me había cautivado tanto, pero no me animaba a decirle nada porque siempre andaba acompañada y sus amigas nunca se despegaban de ella. Entonces solo me quedaba mirarla en silencio.

Llegó el tan esperado día de las fiestas navideñas, con su encanto; todas las casas se iluminaban, los barrios festejaban el pase del Niño Jesús, los cantos y los versos se hacían presentes en ese día. En la escuela hubo fiesta, nos reunieron en el aula, nos repartieron caramelos, sodas, un plato pequeño de arroz con pollo. Cuando se terminó la fiesta, cada uno salió para su casa. Por la tarde nos preparábamos para ir a la fiesta navideña o al Pase del Niño Jesús, esta vez efectuada al aire libre, en el barrio.

José, María y el Niño Jesús, los indios, el ángel, el diablo, los soldados romanos, entre otros, eran las figuras más importantes. Todo era alegría, algo mágico para nosotros, los niños. Con estos eventos aprendíamos amar nuestras costumbres. Esa noche buena salió todo a la perfección, Las presentaciones preparadas por los participantes. Eran la recreación del Nacimiento del Niño Jesús, pero basadas en nuestras costumbres. Esa noche, después del evento, todos los participantes se iban a su casa, luego se asistía a la Misa del Gallo, luego de la misa se cenaba. Concluida la cena, nos reuníamos y se contaban historias del Niño Jesús, de sus apariciones con muchos santos de la Iglesia católica, con San Francisco, San Antonio, Santa Teresita del Niño Jesús, entre otros. Esa noche casi no se dormía, en la casa se velaba o se ponían unas velas a la imagen del Hijo de Dios, a su alrededor se contaban las historias.

Al otro día era Navidad, Los chicos del barrio se reunían en nuestra casa, porque mi mamá recaudaba dinero para comprar juguetes, de cada cosecha de su hacienda, y de esos mismos juguetes nos daba, para jugar con los chicos del barrio. Al llegar la noche, todo se quedó quieto, sin palabras, los mayores volvieron a sus quehaceres. mis tías, que estaban jóvenes, se dedicaron a arreglar la casa, a poner los platos en orden, llevar los manteles a la azotea para lavarlos, hasta irnos, a la cama, a descansar.

Esa noche, no fui a acostarme, fui a la azotea donde recordaba a mi china, preguntándome: ¿Dónde estás? ¿Qué haces? Sólo quería verla, estar cerca de ella. No sé si era mi ilusión

o este corazón necio que palpitaba por ella, a mi edad; sentía su piel en la mía, percibía su olor. No sé cuánto tiempo estaba en éxtasis, viviendo ese amor sin palabras. Era para mí como la brisa que te invade de a poco, llevándote a un espacio del que no quieres salir. Cuando se terminaba esa ensoñación, volvía a mi realidad, y después de ese silencio, me decía a mí mismo: es sólo mi imaginación, así me encaminaba a mi cama.

En esa semana se terminaba el año 1973, era fin de año, tiempo de alegría, y todo era regalo, comidas y fiestas. En la escuela se festejó el fin de año con la participación de toda la comunidad educativa. Los estudiantes confeccionamos un monigote, representativo del año viejo, los profesores elaboraron el testamento, las chicas de sexto grado se vistieron de viudas que lloraban la partida del año, pidiendo colaboración a los transeúntes. Llegó la hora de quemar el monigote, pero antes de prenderle fuego se leía su testamento, en el que se le auguraba a todos un nuevo año lleno de bendiciones, buenos deseos, que traiga el bienestar a la escuela, alumnos, profesores y a cada una de sus familias.

Enero era mes de exámenes, después de las pruebas que se les tomaba a los estudiantes, ya se sabía a quiénes se los promovía a segundo grado. En la última semana de enero, tras realizar los exámenes de fin de trimestre, logré sacar las mejores notas, todo sobresaliente; estaba orgulloso de mí mismo, también mis padres y mi abuelita —a quien llamábamos Mamita Tala, porque de pequeños no podíamos pronunciar el nombre de Sara y decíamos Tala—.

Para ese tiempo la escuela salía de vacaciones, era temporada de invierno, unos se quedaban en su casa, otros viajaban a otra ciudad. A mí me tocaba ayudarle a mi Papá en el campo, en la siembra. Por lo general sembrábamos maíz y soya, con las primeras lluvias, para que afloje la tierra. Antes de la siembra, el terreno se lo preparaba, se quitaba la maleza y se la dejaba en rollos para que se seque con el sol, después quemarla, de esa manera se evitaba que llegaran las plagas; la quema era el mejor herbicida en la detención de las plagas.

Ese era mi trabajo en tiempo de vacaciones, lo bonito de sembrar y sembrar, de herir a la tierra con un espeque de metro y medio de madera, tenía que ser de guayabo o de laurel pesado, para poder hacer un hoyo a la tierra. Por lo general las tierras de Balzar son lomas siembre se sembraba con cuatro o tres pepitas de maíz, capaz de que crezcan fuertes las -

a partir de su raíz, soportando los fuertes vientos de invierno que se producen en Balzar y puedan sostener las plantas de maíz.

Mi papá espequeaba —espequear es una palabra derivada de espeque, herramienta que se usa para la siembra de granos, que consiste en introducir en la tierra un madero pesado, con punta, con la cual se cava un hoyo en el suelo— yo, depositaba las semillas en el hoyo y las tapaba; como la tierra estaba húmeda pronto brotaban las primeras hojas de la planta. Era como ver un tapiz verde sobre cada loma; un mágico espectáculo de la increíble naturaleza.

Así era la vida en el campo, iniciábamos la jornada rayando la aurora con los instrumentos del trabajo: machetes, rabones y garabato —el garabato es un instrumento de madera dura, misma que facilita al machete limpiar la maleza— y la tonga, el almuerzo del campesino, esta se compone de arroz, pescado, sango de verde, una salsa de maní, un maduro y un mate de jugo de limón. Al caer la tarde retornábamos a la casa, agotados pero satisfechos por una jornada más. De esa manera pasaban los días y los meses de vacaciones escolares. Por fin llegó abril, y estábamos listos para recoger las cosechas del ciclo invernal.

Capítulo 3

Al barrio llegó un chico muy diferente a nosotros, era de baja estatura, de una sonrisa contagiosa, siempre estaba dispuesto ayudar, él, hacía desde mandados hasta trabajos manuales; era un niño que se ganaba el cariño y el respeto de los demás, tenía la virtud de, casi siempre, ganar en cualquier juego o apuestas, siempre salía triunfante, su nombre era Juanito de las Mercedes de la Santísima Trinidad y Dueñas. Nosotros nos reímos, lo molestábamos porque su nombre era más grande que él. Era astuto, además de ágil, cuando jugábamos al fútbol siempre tenía el balón en sus pies y era difícil quitárselo. En las conversaciones, era habitual que tuviera un tema interesante que comentar, con el que a muchos nos hacía reflexionar; era muy bueno en las matemáticas.

En una ocasión, doña Julia —a quien por sobrenombre le decían *Ñata Julia*, un personaje del barrio que tenía fama de mujer codiciosa, a quien no le gustaba dar nada por nada, pues teniendo en su casa unas matas de mango, maracuyá, ciruelas, badea y aguacate, prefería que se le pudrieran antes de regalar sus frutos—, le pidió a Juanito que le haga las compras del mercado, mandándolo con 50 sucres y una lista: manteca, arroz, azúcar, café, yuca, tomate, cebolla, pimiento, ajo, hierbita, tres libras de carne con hueso. Juanito llegó al mercado, comenzó a comprar según la lista. Cuando volvió a la casa de la *Ñata Julia*, ella ya lo estaba esperando en su mesa para hacerle las cuentas de cada producto. Enseguida él se sentó frente a *Ñaña Julia* y comenzó a hacerle las cuentas así: la manteca es 4 sucres; arroz 5 libras, cada libra a un sucre; azúcar 2 libras a 1,50, yuca a 0,50 centavos, 2 libras de tomates a 2 sucres, 2 libras de pimientos a 2 sucres, 2 libras de cebolla a 2 sucres, la carne 5 sucres la libra en 3 libras serían 15 sucres, el hueso era 2 sucres la libra, por 3 libras serían 6 sucres, yerbita 0, 50 centavos de sucres. Sería 46 sucres y sobraban 4 sucres.

Juanito tenía la peculiaridad de ser muy preguntón, además de ser muy atento con los mayores. En el barrio había un personaje llamado *Ganginga* —apelativo o sobrenombre folclórico de Balzar—. Nuca se le supo su nombre de pila. Era un hombre que ya tenía sus años, pero a pesar de su edad avanzada siempre caminaba erguido y nunca dejaba su sombrero, aunque ya se estaba quedando ciego, eso lo ponía de mal humor.

A *Ganginga*, de joven nadie lo quería tomar en cuenta porque era metido y malcriado, pero él se hacía tomar en cuenta en cualquier evento. Contaba mi abuelita que

cuando *Ganginga* era joven, se vestía de lino, para llamar la atención a las chicas de ese tiempo. En época de carnaval, se paseaba por las calles para que las chicas lo mojaran, pero ninguna lo tomaba en cuenta, así que se iba atrás de la casa, él mismo mojarse y decir que las chicas lo habían hecho. Un día, *Ganginga* invito a Juanito para que lo acompañara a hacer un mandado de otra casa, donde iba a retirar un paquete ofreciéndole pagar 10 sucres. Juanito enseguida lo acompañó, por el camino Juanito le preguntaba sobre su vida, por la familia, pero él solo respondía: —No te metas en mis asuntos. —Juanito seguía insistiendo, ante la incógnita de no conocer nada sobre su vida porque, en verdad, nadie sabía nada de la vida de *Ganginga*, ni el verdadero nombre. Efectivamente, llegó a la casa, retiraron el paquete, le ayudó a cargarlo, por cierto, era muy pesado, acompañándolo hasta su casa. Al llegar le dijo que mañana le pagaba porque por ahora no tenía plata. Juanito se fue confiando en esa palabra. Pasó ese día, el día siguiente, una semana y nunca le pagó.

Pero, así como llegó, se fue del barrio, sin despedirse, sin decir adiós. No sé si lo volveremos a ver algún día, pero el barrio no fue el mismo. Creo que ahora pensamos diferente, creo que Juanito fortaleció nuestra personalidad, con su ejemplo.

Capítulo 4

Abril era el tiempo de matrículas en la escuela “19 de Mayo”. Mi abuelita, a las primeras horas, del 15 de ese mes me fue a matricular, ya estaba en segundo grado. ¡Los libros de “Caritas Alegres” habían quedado atrás! Los maestros en una reunión con los Padres de Familia hablaban del plan de clases, los eventos dentro de la escuela y los libros que se tenían que usar. Yo, que estaba con mi abuelita acompañándola en la reunión, escuchaba en silencio.

También se habló de las nuevas instalaciones de la escuela, ubicada en el barrio Colimes, a la salida de Balzar. Cuando lo escuché, mi pregunta fue para mí mismo: ¿dónde quedaba el barrio Colimes? A la salida de la reunión le pregunté a mi abuelita, ella me respondió diciéndome que Colimes era un cantón muy próspero, que exportaba varios tipos de madera, como la balsa, y otros productos agrícolas que salían por el río Daule hasta el puerto principal de Guayaquil, porque entonces la única vía era fluvial. Luego, cuando se crearon las carreteras asfaltadas, el pueblo ya no fue el más importante de la provincia del Guayas; fue quedando abandonado, pues poco a poco sus habitantes salieron a distintas partes de la provincia. Un grupo de colimeños se radicó a las afuera del cantón Balzar y se formó con el tiempo en el barrio Colimes, en honor a sus primeros pobladores, manteniendo su nombre hasta estos días.

Llegó el día de clases, yo pensaba en volver a ver a mi china. La busqué con mis miradas y fui al curso donde ella recibía clases, pero fue en el campo donde la encontré. Vi que todos los alumnos se hallaban preparando sus cosas para trasladarse a otro lugar. Pero ¿a dónde? Llegó mi profesor, Darío Ronquillo, y nos dio la orden de recoger los cuadernos y formarnos. Le pregunté a mi amigo Patricio Pilligua a dónde nos iban a llevar. Él me contestó con otra pregunta: — ¿No sabes que ya tenemos una nueva escuela que está en el barrio Colimes? —Le respondí: Sabía que nos iban a cambiar, pero no sabía que era tan pronto—. Así que me formé y comencé a caminar junto a mis compañeros. Cuando llegamos a la escuela, era un local nuevo, recién construido, tenía tres largos pabellones de planta baja, cada uno de ellos constaba de seis cursos, incluida la Dirección, a la entrada de la escuela. En el patio había tres astas con banderas: una era la de Balzar; otra, de la provincia del Guayas; la bandera del Ecuador flameaba en el centro, con los fuertes vientos de verano que caracterizan a Balzar en época de verano.

Era la manera como nos daba la bienvenida nuestra Pabellón nacional, a los primeros alumnos de la escuela “19 de Mayo”. Nos reunieron en el patio, nos pusieron en una fila a los hombres y en otra fila a las mujeres. Como los cursos eran muy amplios, incluyeron en mi curso a mujeres. En ese grupo estaba Mey Lee. Por un momento me quedé inmóvil. Para mí, el tiempo se detuvo, el viento cesó su ruta en el espacio, no sé cuánto tiempo estuve paralizado y, cuando volví en mí, todas mis compañeras, hasta Mey Lee, estaban jugando en el patio. Aquí comienza un maravilloso hito de mi vida, que nos involucra a ella y a mí en un amor sin palabras de seducción, ni de abrazos, ni de besos, tan sólo la manifestación de un sentimiento tan profundo como inolvidable. Empezamos a conversar, a unirnos más, a hablar de frente, a contarnos lo que nos gustaba y lo que no, a charlar de lo cotidiano; siempre procurábamos estar juntos en las reuniones o solíamos caminar por la escuela nueva, que era casi todo para nosotros, porque no conocíamos más allá de lo que había en nuestras casas.

Ahora estábamos juntos, los duelos de mirada silenciosas se enmarcaban siempre con una sonrisa, eso me tranquilizaba. Ella quería estar a mi lado y yo, al suyo. No queríamos que nuestras conversaciones tuvieran fin, muchas veces, al otro día, volvíamos al mismo tema; casi podíamos sentir que pensábamos como una sola persona.

Ese amor se inscribió en las fibras de mi corazón palpitante; pensaba que sólo quería existir para ella. Fui dejando a un lado los estudios, quería lograr que Mey Lee se sintiera feliz, que sonriera siempre, que con su mirada penetrante me quisiera decir: —Te amo... Te quiero. Sin ti me muero..., me muero.

Los viernes, en el grado, después del recreo, llegaba la tan esperada hora social en la que los alumnos demostrábamos nuestro talento para el canto, por lo que debíamos aprender canciones. Cada viernes, el primero que participaba era el compañero Patricio Pilligua, con la misma canción de siempre. *La Naranja*, con ritmo de San Juanito. «*La naranja nació verde/ El tiempo la amarilló, / Tan bonita, tan señora,/ Tan querida para mí./ (...) Dame la naranja, mi amor,/ Dame la naranja, mi bien,/ Dame la naranja que quiero gozar*». El profesor Galo Orosco, un poco molesto y con voz fuerte, le dijo: — ¿No tienes otra canción que sepas? ¡La misma y la misma canción los viernes, Cántese otra; o, si no sabe, ¡vaya y siéntese! —Al instante el compañero se fue a sentar.

Después de un momento de silencio, dijo: — ¿Quién quiere salir a cantar? —Yo alcé la mano y salí. Recuerdo que canté una canción del cantante coreano Jinsop, residente en el Ecuador, *Dulzura mía*. En mis pensamientos se la dedicaba a mi china. Todo el grado aplaudía mi intervención mientras Mey Lee, me miraba sonriente como si me dijera “muy bien, sé que esa canción era solo para mí”, eso es lo que yo leía en su mirada.

Un determinado viernes, al profesor se le ocurrió que cada alumno dedicara una canción a alguno de sus compañeros; si era una niña la cantante, tenía que dedicarle a su compañero una canción, y viceversa. Yo, como todo muchacho enamorado y romántico, salí a cantar. En ese momento me dio miedo, pero me paré al frente del salón, hubo un momento de silencio que casi me hace dar vuelta para irme a sentar, pero se interrumpió con la voz del profesor que me preguntó: — ¿Qué nos va a cantar? —Y yo le dije: Una canción de Nelson Ned; su título: “*Si las flores pudieran hablar*”. Volvió a preguntar el profesor: — ¿A qué compañera le vas a dedicar la canción? —Con cierta timidez dije: Se la dedico a mi compañera Mey Lee. Esa canción la canté con el alma, pues expresaba todo lo que quería decir mi corazón, todo el curso aplaudió mi actuación. De pronto, Mey Lee alzó la mano y se dispuso a cantar; sin esperar que le pregunte el profesor, dijo: —Esta canción es dedicada para el compañero Ismael. —También me llamaba *el chino*. Yo me quedé pasmado, sin habla, me parecía increíble que Mey Lee me haya dedicado una canción, eso constituía para mí un logro supremo. La canción que me dedico fue: “*Soy rebelde*”, de la cantante española Jeanette; pero no entendía por qué si yo le dediqué una canción de amor, ella me dedicaba una canción de rebeldía. Ese pensamiento me rondó hasta la hora de dormir.

Nunca le pregunté por qué me dedicó esa canción de rebeldía. En fin, ella sabrá y algún día me lo dirá.

Capítulo 5

Llegó el mes de agosto, era la preparación de la fiesta de San Jacinto, venerado en el cantón Balzar.

San Jacinto es polaco, originario de Cracovia. Perteneció a la orden Dominicana u Orden de Predicadores, pero llegó a estos lares con los conquistadores españoles, en cuyos viajes venían sacerdotes dominicos, por ello se da la presencia de santos como patronos de distintas localidades: en Balzar y Yaguachi es San Jacinto.

Jacobo (diminutivo: Jacko) nació a finales del s. XII en Kamién diócesis de Breslavia), en la noble familia de los Odrowaz, de antigua tradición de servicio a la Iglesia. En el siglo XIV se le dio el nombre de Jacinto. Siendo canónigo de la Iglesia de Cracovia, viajó a Italia, probablemente por motivos de estudio. En Roma conoció a Santo Domingo y en 1220 recibió de sus manos el hábito dominicano. En el verano de 1221, el santo Patriarca lo designó junto con fray Enrique de Moravia para propagar la Orden en Polonia y hacia allá se dirigió llevando en su alma el ardor de Domingo, recientemente muerto. En 1223, y por mediación del obispo Iván, que los recibió con gran amor, fundaron el convento de la Orden en Cracovia. En 1225 Gerardo de Breslavia, primer provincial de Polonia dispersó a los hermanos de Cracovia en cinco direcciones distintas, y a Jacko le correspondió la fundación de un convento en Dantzig (Gdansk). Asistió como definidor al capítulo general de París (1228) bajo el beato Jordán de Sajonia. En 1229 fundó otro convento en Kiel, donde vivió hasta 1233, predicando a los paganos y especialmente a los cismáticos, como prueban documentos pontificios. Allí se distinguió por su candor de vida y tierno amor a nuestra Señora.

Abandonó la ciudad poco antes de que los fieles fueran expulsados por el príncipe Vladimiro Ruricovic. Es en estos viajes cuando se recuerda el milagro de atravesar con unos compañeros el río Vístula a pie sobre la capa extendida sobre las aguas, llevando la Eucaristía y una imagen de la Virgen. Cuando en 1233 vuelve a Dantzig se encuentra con una delicada situación político-religiosa, pues el Papa había encomendado a la Orden de Caballeros Teutónicos la tutela de los católicos frente a los paganos, dueños de la región, y con la mediación de Jacinto se llega a la libertad de culto y a la paz. Estableciéndose desde 1238 en Cracovia, se consagró durante veinte años a la predicación, cura de almas y asistencia a los enfermos. Murió en el convento de Cracovia el 15 de agosto de 1257 y

allí se venera su cuerpo. Fue beatificado por Clemente VII en 1527 y canonizado por Clemente VIII el 17 de abril de 1594.

Los datos antes mencionados constan en la biografía reseñada en www.op.org.ar/, que traigo a estas páginas por la relevancia de este santo patrono que veneramos con mucha fe en el cantón Balzar. Hay una bonita leyenda con San Jacinto, la misma narra que cuando llegaron a conquistar el territorio del actual Ecuador, pasaron por la rivera de lo que hoy es Balzar y dejaron a San Jacinto como patrón del lugar, pero en ese sitio San Jacinto desaparecía y lo encontraban siempre al otro lado; los habitantes volvían a llevarlo al lugar donde los sacerdotes dominicos lo habían dejado, pero San Jacinto volvía a aparecer al otro lado del hoy llamado río Daule. Los habitantes de Balzar comprendieron que el pueblo tenía que crecer en el otro lado porque allá no se inundaba en invierno, y se mudaron.

Los Vallejo se dedicaban a animar las fiestas del pueblo, conformaban una banda familiar de músicos que por tradición tocaba y animaba las fiestas, desde el 15 de agosto que en el calendario litúrgico de la Iglesia católica es la Asunción de la Virgen María; el 16 de agosto que es la fiesta del santo patrono San Jacinto, y las fiestas de canonización de Balzar, que era el 26 de septiembre, en coincidencia con la celebración del Día de la Bandera Ecuatoriana.

Breves datos de Balzar, tomados de Wikipedia:

Balzar es un cantón del norte de la provincia del Guayas, república del Ecuador. Su cabecera cantonal es la ciudad de Balzar. Fue cantonizado en 1903, ocurrió durante la presidencia de Leónidas Plaza Gutiérrez, un 16 de septiembre, mediante un Decreto del Congreso Nacional, mismo que se ejecuta el 26 del mismo mes.

En el siglo XVII, lo que hoy es Balzar, pertenecía a un ciudadano español llamado Nicolás de Avilés, constaba con unas ocho o diez casuchas (1794), un plantío de caña de azúcar, propiedad de un señor apellido Troncoso, y por una fábrica de destilación de aguardiente del señor Olvera. En sus alrededores se encontraban una poza, montes altos y espesos. Estos terrenos posteriormente fueron vendidos a los señores Armando Pareja, Bernardo Echever, Nicolás España, Mariano Olvera, Mariano Peña, y a un señor de apellido Jiménez. En 1802 fue construida la primera iglesia que tuvo la población, por un

ciudadano alemán; las campanas, elaboradas en bronce, de buena calidad, fundidas en Europa el año 1801, donadas por Joanne Echever y la Señora Felicita de Vargas,

Según la Cámara Provincial del Turismo del Guayas, Balzar en la antigüedad era un caserío pujante que se proyectaba hacia el futuro, asiento de unas cuantas familias de abolengo que habían llegado en busca de fortuna.

La principal actividad de sus habitantes era la agricultura, por lo que se empleaban en largas faenas agrícolas; los políticos de la denominación conservadora, de ese entonces, eran caballeros muy honrados, de espíritu progresista, quienes con la cooperación del señor Domingo Caputti y don José Rendón se constituyen en los mentalizadores de una grandiosa obra, la construcción del Cementerio General en el año 1893, en recuerdo de cuya obra se lee a la entrada del camposanto una placa de mármol que dice: "Piadosa la tierra de cuyo seno nacimos, cuida nuestras reliquias, salvándonos de la profanación, asilo de paz existe a la devoción y a la plegaria de los que sobreviven".

La ciudad y el cantón Balzar, al igual que las demás localidades ecuatorianas, se rigen por una municipalidad, según lo estipulado en la Constitución Política Nacional. La Alcaldía de Balzar es una entidad de gobierno seccional que administra el cantón de forma autónoma al gobierno central. La municipalidad está organizada por la separación de poderes de carácter ejecutivo representado por el alcalde, y otro de carácter legislativo conformado por los miembros del concejo cantonal.

Balzar es principalmente productor de maíz; y en segundo lugar de arroz. El maíz, que tiene un período de cosecha de tres meses, es la principal fuente de ingresos económicos de los balzareños. Podemos encontrar a lo largo de todo el territorio de este cantón grandes plantaciones de esta gramínea. Además, tiene una variedad de árboles, como el palo de balsa, palo de vaca, guachapelí, guayacán, laurel, caoba, entre otros productos agrícolas. También se cultivan hortalizas y frutas, dependiendo de la estación. Y una de las maneras en que este cantón demuestra su potencial ganadero es en la preparación láctea artesanal de "La Cuajada", que se la puede adquirir en el parque central de la cabecera cantonal.

El cantón Balzar se encuentra ubicado al margen derecho del río Daule, en la cima de un barranco de 33 metros de altura sobre el nivel del río. Tiene una extensión de 2.518

kilómetros cuadrados, su cabecera cantonal tiene un área de 10.280 kilómetros. Está situado en la parte noreste de la provincia del Guayas. Limita al Norte con el cantón El Empalme; al Sur, con el cantón Colimes; al Este, con la provincia de Los Ríos; y al Oeste con la provincia de Manabí.

Considero que mi pueblo está lleno de buenas costumbres y tradiciones, y que su tierra tan fértil es una bendición de Dios para nativos y extranjeros.

Este es el pueblo donde yo crecí, con sus calles angostas de cuadras incompletas, donde una pelota de trapo hecha con medias servía para un buen partido de fútbol, donde todos nos conocíamos y todos jugábamos. Cada vez se renovaban los juegos, como cuando nos inventamos el juego de aros: nos acercamos a la vulcanizadora donde tenían llantas inservibles, les sacamos los aros e hicimos una carrera entre todos. Así se nos iba el día y por la noche nos retirábamos a la casa para hacer los deberes.

Capítulo 6

En el mes de septiembre todo el pueblo andaba a la carrera, por las fiestas de cantonización, el día 26; y por la celebración de la Virgen de las Mercedes, el 24, advocación de la Virgen María que tenía muchos devotos.

Una semana antes, mi mamá se había reunido con unos hacendados para que la Virgen visite cada hacienda de los alrededores de Balzar, y se había acordado de que la primera semana sería en la hacienda de ella.

La novena de la virgen de las Mercedes era una verdadera fiesta de nuestra creencia religiosa, comenzaba los primeros días de septiembre y culminaba el 24 del mismo mes. Cada hacienda o barrio visitado por la imagen de la Virgen se esmeraba por darle lo mejor. En una de esas visitas tenía que llegar a la hacienda de mi Mamá, muy nombrada por esos alrededores, “La Beldaca”. La buena comida primaba en ella. Los trabajadores adornaban el sitio donde iba a pernoctar, esa noche, la Virgen. Como de la iglesia a la hacienda la distancia era casi hora y media de camino en carro, se realizó una procesión de vehículos de todo tipo: ranchera [carro, con carrocería de madera, para llevar pasajeros] camionetas con familia, autos, buses, entre otros.

Los cantos a la virgen no dejaban de alabar a la Madre de Dios. En el sitio donde se iba a celebrar la novena se comenzaba con la celebración de la Santa Misa. Terminada la celebración de la liturgia, la dueña de la hacienda hacía una invitación a todos los asistentes a degustar los platos típicos de la zona: empanadas, maduro frito, seco de gallina o de pato, hornado, bollos, ayampaco, la deliciosa fritada con yuca cocinada, su salsa y el buen ají “gallinazo” [especie de la familia del pimiento, muy pequeño, pero muy picante], también había el sancocho de bocachico [una especie pescado de la zona, carnudo], también estaban las viejas [pescado delicioso por lo general se lo come frito]; de refrescos se brindaba jugos: de tamarindo, naranja, mandarina, mango y guanábana. Eso era por la mañana, por la tarde, y la noche: estofado de gallina, pescado frito con sango de plátano o sango de choclo, con café o chocolate bien caliente.

El palo ensebado era una de las competencias que no podían faltar. Consistía en trepar por una caña guadúa, a la que se le untaba bastante sebo o grasa, para alcanzar la cúspide

donde se había colocado un triángulo del que colgaban muchos artículos y productos, como: ropa o alimentos, camisas, pantalones, aceite, jabón, azúcar, sal, etcétera.

Los presentes dejaban limosna en una alcancía ubicada a los pies de la imagen de la virgen, como en el vestido y la capa de la virgen, que quedaban forrados de dinero. Por la noche, las bandas de músicos hacían gala de sus repertorios; interpretaban desde sanjuanitos, pasillos, yaravíes, cumbias y hasta tangos. Así los feligreses se divertían. Las bandas tocaban por turnos durante una hora, luego comían. Dando paso al siguiente grupo de músicos, todos ellos trataban de hacer lo mejor. De esa manera transcurría la noche y la madrugada, hasta el amanecer. Esa mañana, a las personas que se habían amanecido, la casa les ofreció un buen desayuno. Una banda de músicos arreglaba maletas para regresar a su tierra, ellos venían de la provincia de Bolívar, de su capital Guaranda; mi mamá siempre los contrataba. Era usual que vinieran a la fiesta de dos a tres bandas de músicos, se le pagaba y se le llenaba el carro de alimentos, con productos de la Costa, como: arroz, azúcar, plátano, yuca, naranja, mandarina, mango, guaba de machete, guaba de bejuco, etcétera, además de la paga a cada uno de los integrantes de las bandas. Mi mamá, en ese ajetreo, me pidió con mucho cariño: —Mijito, lleve a la Virgen a la otra a hacienda, donde doña Gertrudis, —a lo que yo le contesté con una pregunta corta: —¿Yo solito? —Ahí está tu amigo Luis, al que le dicen *Mantequilla*, —pero mi mami se dirigió a mí y me dijo: —No hay carro para llevar a la Virgen, mijo ayúdame, porque yo estoy bastante ocupada pagándole a las bandas de músicos.

A la voz de mi Mamá que me ordenó llevar la Virgen en canoa, porque es más corto el viaje: —Usted sabe que la virgen es pequeña, no es pesada, usted y su amigo la pueden cargar. Le respondí: —Bueno, Mamá. —Para esto, le había hablado a ella sobre la necesidad de mis amigos, que eran muy pobres y que siempre andaban sin zapatos. Ella me respondió: —Tranquilo, hijo, déjame ver cómo salgo con la cosecha y hacemos las compras de los zapatos a tus amigos.

Así que, con Luis, de sobrenombre *Mantequilla*, uno de mis mejores amigos, con el que podía contar para todo, nos fuimos hasta el improvisado altar de la hacienda, donde se le habían realizado todas las veneraciones de la novena, cogimos a la Virgen con mucho cuidado y respeto, la bajamos del pedestal, la llevamos a la canoa que estaba en el río, a unos cien metros de distancia. En un tramo descansamos, la Virgen ya no nos pesaba, su vestido estaba lleno de dinero de diferentes denominaciones, sobresaliendo los billetes de

cien y cuenta sucres; en eso Luis dice: —Ya estamos cerca de la canoa, tratemos de llevarla lo más pronto posible. —Así que, con paso acelerado, llegamos a la orilla del río, descansamos un poco, la subimos a la canoa y nos alejamos de la orilla para seguir el curso del río. De repente se me vino a la cabeza la idea de ponerme a rezar y pedirle de favor a la Virgen de que me haga un préstamo. Luis se percató de mis intenciones y me increpó: —No, *Chino*, no lo hagas; tu Mamá te va a castigar, a mí por haberte apoyado, me dirá que nunca ponga un pie en su casa, así que yo no quiero ningún lío con tu Mamá. —Yo le dije: —Amigo, solo es un préstamo, se lo voy a devolver—. Luis sabía que yo era una persona que honraba mi palabra.

Tomé doscientos sucres, pero me pareció muy poco, cuando me di cuenta, ya había cogido del vestido de la Virgen todo el dinero que le habían puesto sus devotos. Pero era un préstamo que en algún momento se lo tenía que pagar. El dinero que recogí lo puse en una alforja que llevaba para hacer compras personales.

Llegamos a la hacienda “Siete Leguas”, donde doña Gertrudis. Al ver que me acercaba con la Virgen, los vecinos fueron a avisarle. Doña Gertrudis se apersonó. La gente se reunió para llevar a la Virgen al altar que le habían construido en esa hacienda. Lo primero que me dijo doña Gertrudis fue: — ¿Qué le pasó a la Virgen que ha llegado tan pobre? —En seguida le respondí: —Es que ya le recogieron el dinero al señor cura y se lo llevaron a la iglesia—. Doña Gertrudis se dirigió a su cuarto, sacó un cofre pequeño lleno de dinero para revestir de billetes el atuendo de la Virgen. Después de ponerle el dinero, nos invitó a la cocina ofreciéndonos jugo de mandarina, tortillas de yuca, con una salsa recién hecha de tomate, lechugas y chicharrones. Por un momento nos dejó solos. Le dije a Luis que reúna a los amigos en el parque, frente a la iglesia, para salir a comer y hacer las compras de los zapatos en el almacén de don Lucho de León, donde vendían los mejores calzados.

Los muchachos ya estaban esperándome, por lo que me dirigí al almacén “Miguelito”, donde vendían calzado, pero no había de los que buscaba para mis amigos. Entonces, me encaminé hacia el almacén de don Luis de León, muy amigo de mis Padres, ahí vendían zapatos sólo zapatos de marca reconocida, pero caros. Cuando llegué, don Luis me saludó amablemente: — ¿Qué anda haciendo mi *Chino*, ¿qué lo trae por aquí? Le respondí: —Mi jefe, queriendo comprar unos zapatos. —Don Luis preguntó rápidamente: ¿A la cuenta de doña Holandita?, le dije: —No, no, yo le pago, yo tengo plata—. Don Luis se quedó

pensado por un momento, diciéndome —*Chinito*, ¿cuántos pares de zapatos quieres? —20 pares de zapato y los más bonitos—. Don Luis, que estaba tomándose una soda, casi se fue atragantando, repitió con asombro: — ¡20 pares de zapatos! —. le dije que sí. — ¿Tienes dinero para esos 20 pares de zapatos? — ¡Claro que sí, don Luis! Por eso trabajo en la hacienda de mi Mamá, y mis amigos también trabajan conmigo. —Okey, —dijo don Luis León y comenzó a sacar los mejores modelos que tenía por el momento. Los muchachos comenzaron a escoger sus pares de zapato y a probárselos. Cada uno iba calzándose, sentándose a esperar que todos se los probaran hasta pagarlos. En menos de media hora, todos tenían su par de zapatos. Don Luis León hizo la cuenta, dando un total de 3.000 sucres. Era mucha plata, pero sin vacilar saqué el rollo de dinero para cancelar la cuenta. La gente que se encontraba en el lugar se dio cuenta de que yo cargaba mucha plata se preguntaban y comentaban con asombro ¿de dónde habrá sacado tanta plata el hijo de doña Holandita? Don Luis León les dijo: —Él trabaja en la hacienda de su Mamá, al parecer ellos han reunido el dinero para comprarse sus zapatos. Es bueno que trabajen y ahorren para comprarse lo que ellos quieren.

Me fui con mis amigos a comer al chifa “El Pacífico”, este era un restaurante de comida asiática cuyo propietario era un señor muy amigo de mis Padres, más amigo de mi papá porque mi abuelito era de Cantón y con él habían venido de la China. A mi papá siempre lo trataba de paisano, que para ellos significaba que eran parte de sus raíces. El restaurante era de lujo, con la entrada de vidrio, adornado de figuras de dragones y pinturas de paisajes de Asia, muy exóticos, además llamativas. No nos dejaban entrar, pero yo insistía, hasta que llegó el dueño preguntando con su singular manera de pronunciar el español —¿Qué pacha aquí, quién moleta? —Le dije: —Señor Job, buen día, mis amigos y yo queremos entrar para servirnos algo para comer—. El señor Job puso reparo: —Este sitio es caro, mi estimado paisano—. Le respondí enseguida: — ¡Yo le pago! —. El señor Job por un momento se quedó en silencio, después, al rato me dijo: —Puedes pasar tú y tus amigos. ¿Se lo recargo a la cuenta de mi paisano? —. Le aclaré: —No, no, yo tengo dinero, le voy a pagar en efectivo—. Don Job dio la orden que nos atendieran a los 20 amigos que habíamos llegado. La gente sobre bajo murmuraba: — ¿De dónde habrá sacado el *Chinito* tanta plata? —. Era un misterio.

Así que comimos lo que quisimos, pedimos lo que nos gustaba. Muchos repitieron, otros querían llevarle a la mamá lo que habían comido, y yo les decía que pidan otro plato para llevar. Comimos hasta ya no poder más y quedamos satisfechos.

Llegó el momento de pagar. El señor Job personalmente se me acercó, indicándome que la cuenta era de 800 sucres. —Está bien, señor Job, —dije— procediendo a sacar el dinero y le pagué. Yo quería que se acababa el dinero, pero eso no ocurría. No sé si era por mi afán de que se gastara para no tener evidencia del préstamo o si era un tormento de mi conciencia por haber hecho el préstamo de la Virgen.

Salimos del restaurante y nos fuimos a los carruseles, llegados por motivo de la fiestas de la Virgen de las Mercedes y la canonización de Balzar.

Lo primero que nos llamó la atención fue el teatro de marionetas, con títeres representativos de artistas como: Julio Jaramillo, Leonardo Fabio, Sandro, Rafael, entre otros. Me pareció interesante y cómico ver representados en ellos a cantantes famosos que han hecho historia a nivel latinoamericano y mundial. Entramos como tres veces a la función, nos reímos como nunca; ese día fue el más alegre de mi vida. Junto a mis amigos disfrutamos de lo que queríamos, lo que nos apetecía, como algodón de azúcar, manzanas acarameladas, el helado de paleta, entre otros caprichos de muchachos.

No quedábamos sorprendidos con la rueda moscovita girando y girando a gran velocidad. No sé cuántas vueltas nos dimos, ni tampoco cuánto pagué, solo sé que esa plata no se terminaba.

Le fueron con el chisme a mi Mamá de que yo andaba con mucha plata, otra persona le fue a decir que yo andaba con un rollo de dinero. En fin, lenguas afiladas le informaron además que andaba derrochando dinero en el pueblo. Mi Mamá se preguntó ¿de dónde tanta plata?, se quedó en silencio por un momento, luego con voz fuerte se respondió: — ¡La limosna de la Virgen! Este sinvergüenza se le llevó a la Virgen el dinero de la limosna. Pero deja que llegue, porque de la paliza que le voy a dar se va a acordar hasta el día en que nació. Murmurando ¡Me voy donde doña Gertrudis para salir de la duda!

Al llegar a la casa de doña Gertrudis, vio a la Virgen bien arreglada, con mucho dinero, por lo que se preguntó: — ¿Si la Virgen tiene dinero, este mucho de dónde sacó la plata para hacer compras y llevarlos a comer a sus amigos? —. Doña Gertrudis, al saber que mi

Mamá estaba de visita en su hacienda y en su casa, salió a su encuentro, saludándola con mucha reverencia le dijo: la estaba esperando Niña Holandita, gracias por venir a mi casa, es un honor recibirla a usted y a sus acompañantes. —Después del saludo le preguntó: — ¿Cómo ve el arreglo de nuestra señora de la Mercedes? —, a lo que mi Mamá respondió: —Está muy bonita, señora Gertrudis, se ha pasado; esta vez me ha ganado. —Doña Gertrudis añadió: —No diga eso, niña Holandita, usted sabe que en las fiestas de nuestra patrona siempre usted se pasa y no hay nadie que le gane. —No diga eso, —recalcó mi Mamá.

Mi Madre con su franqueza, característica, le preguntó: — ¿Cómo así, la Virgen tiene limosna? —. Doña Gertrudis respondió en seguida: —El niño *Chinito* me comentó que ya le habían recogido el dinero y se lo habían dado al señor cura—. Mi Mamá no supo dónde se quedó, cambió de color y casi se desmaya, pero se puso erguida. Doña Gertrudis le preguntó si se sentía bien. Mi Mamá le respondió ¡Todo estaba bien!, que sólo estaba realizando una visita relámpago. Doña Gertrudis insistió para que se queden y se sirvan algo, pero mi Mamá dijo que era hora de marcharse, abandonando la casa de doña Gertrudis rumbo a la hacienda, en el camino le iba comentando a Marta Julia [Marta Julia era la empleada de la casa y siempre estaba acompañando a mi Mamá]: mira en lo que se ha convertido este hijo, llevándose el dinero de la Virgen, pero Marta Julia le respondió que eso sólo era una travesura de niños: —El niño *Chinito* no es así, nunca se le ha cogido nada a nadie, en su casa nunca se le ha perdido nada a usted—. Mi Madre señaló: —Pero se lo debe corregir hoy, por lo que ha hecho. El diablo bailará en calzoncillo, con la paliza que le voy a dar a ese hijo mio-.

Se me hacía tarde, porque me había perdido todo el día. Luis, que siempre me acompañaba a mi casa, acercándose a mí me dijo: —Ya es tarde, *Chino*, es mejor que ya te vayas, vas a llegar tarde a tu casa y tu mamá debe estar preocupada—. Le pregunté si me acompañaba. —Sí, por supuesto que sí, pero sólo hasta la puerta de tu casa, a esta altura ya doña Holanda ha de saber que te le cogiste el dinero a la Virgen y ha de estar furiosa, en verdad no quisiera estar en tus zapatos. — ¡Sí, yo sé!... pero hoy la pasamos muy bien, nos divertimos hasta más no poder. —Bueno, ya no hablemos de eso, hay que enfrentarlo y ya— tomando en dirección a la hacienda.

Cuando llegué, un silencio tenso invadía la casa, el perro lo encontré afuera, no quería entrar, el burro que siempre andaba cerca se mostraba arisco, no se dejó coger, me huía,

como avisándome que mi Mamá estaba furiosa. Entré a la casa, no había nadie, busqué a mi Mamá, ella estaba cerca de la orilla del río en una silla mecedora. En el momento que dije: A unos diez metros de distancia le dije ¡Ya llegué, Mamá! Sólo me dijo: —Acércate. —Me le acerque, y volvió a decirme: —Más cerca—. Preguntándome: —¿Qué has hecho? —Le respondí: —Nada, mamá, nada... ¿Por qué? — ¡Todavía me lo preguntas! ¿Qué has hecho? —Sólo me fui con mis amigos a la fiesta de la Virgen de la Mercedes, le respondí. —¿Con qué dinero? —Con palabras temblorosas le dije: Por ahí tenía unos ahorros. — ¡Tú crees que con esos ahorros vas a comprar veinte pares de zapatos, llevar a tus amigos al chifa “Pacífico” y a diferentes juegos! ¿Con qué dinero hiciste ese gasto? ¿De dónde cogiste el dinero para hacer todos esos gastos? —No sabía qué decir, pero me decidí a contarle la verdad la verdad, así: Mamá, yo le hice un préstamo a la Virgen. — ¡Ah, o sea que usted le pide prestado dinero a la Virgen! —Con mi apuro de saber que me iba a castigar le dije: —Sí, sí, sí señora, la Virgen me dijo que cogiera lo que era necesario para comprar lo necesario para mis amigos—. A lo que mi mamá con cierta ironía me preguntó: —¿Y por si acaso, la Virgen no le dijo que, si cogía ese dinero, usted iba a ser castigado? —No, porque yo le dije que se lo iba a devolver—. Mi mamá, furiosa, me dijo: —Eso no se hace, a la Virgen no se le pide prestado dinero, eso es una falta de respeto—, y me entró a palo, me dio una paliza que todavía me acuerdo de ese castigo, me mandó a bañar al río, me ordenó ir a la misa y confesarme, diciéndome: —Tendrás que pagarle a la virgen su dinero, después de la escuela vas a trabajar cargando maíz, para que pagues tu deuda—. Así lo hice.

Ese domingo mi Mamá me mando con el chofer a la iglesia. El señor cura ya sabía lo que había pasado con la Virgen y me recibió muy molesto. Lo primero que me dijo fue: —Usted no tenía que hacer eso, llevarse ese dinero que es un dinero de la iglesia—. enseguida respondí: —Señor cura, eso fue un préstamo que yo se lo voy a devolver. —a lo que el agregó: -Sé que su mamá tiene dinero, pero lo hecho por usted, es un pecado—. Entonces le respondí: —Entiendo la falta a un mandamiento, pero lo hice por mis amigos; sin embargo, cuando usted, coge el dinero de la iglesia para sus borracheras nadie le dice nada, yo lo he visto porque soy monaguillo aquí en esta iglesia—. El cura me dejó hablando, alejándose furioso por lo que le había dicho. Entiendo le dije la verdad al Cura, por eso no me confesó, teniendo que hacer mi confesión en otra iglesia, con otro Sacerdote.

Al día siguiente llegué a la escuela, todo apaleado, sin ganas de hablar y sin ganas de escuchar a nadie. Mi china trató de acercarse a mí en silencio. Después de unos minutos me preguntó por qué tenía esa marca de látigo, no le contesté, me daba vergüenza decirle que había cogido el dinero de la Virgen, pero ella comprendió, comenzó a conversar, nos contábamos cosas que veíamos por la televisión o escuchábamos en la radio. Uno de mis programas favoritos La hora de *Chicken Palacios* se transmitía a través de *Radio Cristal*, la emisora más popular del país era un programa deportivo. Como yo era emelecista, siempre estaba atento a las noticias deportivas, pero me gustaban las anécdotas de este radiodifusor. Su programa era muy creativo, incluso con las tres publicidades que tenía, que eran de *Avena Quaker* y de un analgésico llamado *Finalín*, cuyo fondo musical provocaba curiosidad. La primera publicidad era una entrevista con Tarzán y le preguntaba: “Señor Tarzán, ¿cuál es el secreto de su fuerza y valor?”. Y *Chicken* le hacía la voz de Tarzan: “Yo tomar la Avena Quakeer”.

La otra publicidad era con el mismo Tarzán, pero con otro producto, el fármaco *Finalín*, y decía así: “Este es un grito de Tarzán en la selva llamando a los animales: ‘Aaaaaaaaahahaha’. Y este es un grito de dolor, ‘Hayyyyyyyyyy’. Tome *Finalín*, que al dolor le pone fin”.

Y el tercero era también de *Finalín*, pero con la señora Dolores de Cabeza, y decía así: “‘Ay, aaaay, aaaay’. Dígame, señora Dolores de Cabeza, ¿cuál es su dolor? ‘Tengo un dolor de cabeza que no lo soporto’, —y el locutor respondía—: Para eso, tome *Finalín*, que a los dolores de cabeza le pone fin”. En ese tiempo llegó la película en negro y blanco de Tarzán, la proyectaban en el cine *Félix*, cuyo dueño era un paisano chino, yo admiraba al Tarzán del aquel entonces, caracterizado por el actor Johnny Weiss Müller.

Mi china me escuchaba con tanta atención, que era la única con quien mis dolencias se aplacaban como por arte de magia. Le contaba que era tanta la admiración a Tarzán, que quería viajar a Guayaquil a saludarlo, ya que él siempre visitaba el programa deportivo de *Chicken Palacios*. Ella me decía: —¿Por qué no vas a Guayaquil?; ¡Anda y me cuentas cómo es Tarzán en persona, y de paso me lo saludas! —¿Está bien! —, le respondí. Esa noche planifiqué el viaje y decidí ir; al otro día cogí mi alcancía, la desbarate, saqué mis ahorros, salí como de costumbre, por la mañana a la escuela. Pero no fui, al contrario, me fui a las cinco esquinas, Así se lo llamaba al centro de Balzar, donde se cogía el carro de cooperativa para viajar a Guayaquil. Efectivamente, pasó una C.I.A. (sigla que

significaba: Cooperativa Interprovincial Asociada); esta cooperativa ya desapareció, cubría la ruta Quevedo- El Empalme-Balzar-Palestina-Santa Lucía-Daule-Nobol-Guayaquil]; esa unidad venía desde la provincia de Los Ríos, específicamente de Quevedo. No me fui en las Balzareñas, en ese tiempo había dos: la Cooperativa de transporte Balzareña y la Ruta de transporte Balzareña, porque alguien me podía identificar e ir a decirle a mi Mamá, por eso no cogí los transportes de Balzar.

Después de dos horas de viaje, llegué al Puerto principal del Ecuador, Guayaquil. El carro paraba en cada cuadra, había muchos carros transitando por la urbe, hasta que llegamos a la estación. En ese tiempo, los carros que llegaban de provincias se estacionaban en el parque Chile, lugar que se constituía en una verdadera feria de gente que venía de todas las provincias del Ecuador. Unas llegaban de visita; otras iban por comercio; otras, trayendo sus productos; en fin, todos tenían un motivo para ir a La Perla del Pacífico. No conocía dónde quedaba *Radio Cristal*, no sabía para dónde coger, así que decidí preguntarle a una señora que vendía caramelos y cigarrillos. Ella me respondió: —¿Eso queda en Luque y José de Antepara—? Era la primera vez que había escuchado esas calles. La señora comprendió que era de otro pueblo y me explicó: —Caminas a lo largo, siete cuadras y viras a la derecha, cuenta cuatro cuadras y pregunta, que por ahí se encuentra la *Radio Cristal*.

Hice lo que me había explicado la caramelera, igual volví a preguntar; me acerqué a un vendedor de jugos, le compré un vaso con jugo de coco que me costó dos sures, y le pregunté por la emisora, indicándome —Ahí no más queda, joven, esa es *Radio Cristal*—. Era un edificio de dos plantas, color celeste, había mucha gente ofreciéndose para que los contraten a trabajar en distintas actividades; plomeros, gasfiteros, albañiles, pintores de brocha gorda, entre otros en busca de una oportunidad laboral. Me acerqué a la persona que informaba de los programas de la radio y la que cobraba por los anuncios o comunicados, el señor estaba ubicado en el edificio a la entrada de la radio, tenía una máquina y un teléfono, debía colocarse en una fila para llegar a hablar con él, debido a la orientación para realizar cualquier tipo de gestión, contrato o actividad o si se quería irradiar un comunicado hacia los oyentes. Ahí me di cuenta del pago por los comunicados de acuerdo con el número de palabras. Un señor que estaba delante de mí, por medio de *Radio Cristal* iba a enviar un comunicado a su familia en el recinto Pajonal; el comunicado decía: “En el Recinto pajonal se comunica a la familia Sandoya Fajardo que

Humberto Sandoya ha llegado sin novedad a la ciudad de Guayaquil. Pronto volveré a casa. Saludos”. El señor Sandoya pagó quince sucres por ese mensaje.

Al tocar mi turno le dije que quería hablar con el señor *Chicken* Palacios, respondiéndome: —Ese gordito que está parado de camisa a cuadros verde con pantalón café claro, ese es *Chicken* Palacios, él es la persona que usted busca, hable pronto porque ya mismo comienza su programa y de ahí sale tarde—. *Chicken* estaba hablando con otra persona, me acerqué. Don Palacios me vio e interrumpió su conversación, inquiriéndome: —¿Me busca, quiere hablar conmigo?—. Le respondí sin vacilar: —Yo vengo desde Balzar y su programa es muy bien escuchado—. A lo que comentó: —Ah, qué bueno. — he viajado para conocerlo—, señalando: —Qué bueno, te agradezco que hayas venido a conocerme—, a continuación, me dijo: —Te invito a la cabina a ver mi programa de radio—. A lo que dije: —Bueno—, sin embargo, mi objetivo era conocer a Tarzán por medio de *Chicken* Palacios, pero no me dio oportunidad de decírselo. Nos encaminamos a la cabina, pensaba en cómo podía llegar Tarzán a las entrevistas, por dónde ingresaba si todo era herméticamente cerrado, sin entrada al sonido, ni al ruido.

Antes de iniciar el programa de radio, se ubica un espacio musical, en ese momento le dije: —Señor Palacios, vengo a conocer a Tarzán—. En ese momento note en su rostro las intenciones de reír, pero se contuvo diciéndome: —Ya vas a conocer a Tarzán—. En ese momento pensé que mi Ídolo llegaría después, en cómo sería la entrevista; en fin, se me venían muchas ideas sobre la llegada del Rey de la Selva. Comenzó el programa diciéndoles a sus oyentes que lo había visitado un fan suyo del cantón Balzar y que enviaba muchos saludos a sus oyentes en ese cantón de la provincia del Guayas. Entonces llegó el momento de la publicidad, y comienza la entrevista. Él mismo preguntaba y él mismo respondía tratando de hacer la voz de Tarzán. Quedé defraudado. Había viajado con la intención de conocer a Tarzán, mi héroe, encontrándome tan solo con un imitador. Se me antojaba ser una especie de engaño y burla. No dije nada en cabina. Se pasaron hablando de los equipos ecuatorianos toda la hora, y hasta que llegó el final del programa, le agradecí a don *Chicken* Palacios, por haberme recibido y enviar saludos a mi pueblo, Balzar.

Salimos de la cabina, me encamine en silencio para salir del estudio. Don Palacios me enseñó el estudio de la radio, la cabina de trasmisión, el teatro “Julio Jaramillo”, en ese momento cantaba el “Rruiseñor de América”. Así que salí para despedirme, don Palacios

me volvió a agradecer por mi visita y llamó un taxi para que me llevara a la cooperativa de transporte Balzareña, en la avenida Olmedo.

El taxi me llevó hasta la estación, quise pagar, pero don Palacios ya había cancelado el valor de la carrera. Compré el pasaje a Balzar, tomé asiento en la unidad que me llevaría de retorno a mi pueblo. En el viaje venía pensando cómo era el mundo de la radio, donde parecía real todo lo que se escuchaba a través de esos equipos que transmitían sonido, llegue a pensar que así tenía que ser la televisión, transmitiendo la imagen y el sonido. Eso caló en mis pensamientos y me marcó para toda la vida. Esa visita a *Radio Cristal*, el estar en ella, fue un futuro presagio, ya que en tiempo de mis estudios universitarios volvería a la misma emisora, con el objetivo de realizar mis primeras audiciones.

A mi casa llegué tarde, mi Mamá preocupada me preguntó ¿Por qué llegaba esa hora?, le respondí que me quedé estudiando en casa de Ronald Briones, un compañerito de grado con quien solía estudiar, luego me preguntó si ya había comido, le respondí que no, porque no me había gustado cómo cocina la mamá de Ronald, eso motivo le ordenará a Marta Julia, me calentará la comida, con ella saciar el hambre producto de no haber probado alimento durante todo el día.

Al otro día, en la escuela se había escuchado que yo había visitado la *Radio Cristal*, todos los compañeros me preguntaban cómo era Guayaquil, cómo eran los que hablan en *Radio Cristal*. Les dije que conocí a Guillermo Albuja Reyes, a Carlos Romero Rodas, al abogado Maquilón y a *Chicken* Palacios, entre otros; que no eran como nosotros los imaginábamos, que eran como cualquiera, pero su voz era diferente a través de los micrófonos.

Mi china, me esperaba para conversar, que le cuente con lujo de detalles mi experiencia del viaje a Guayaquil. Ese día, después del recreo, no entramos a clases, nos quedamos atrás de los pabellones de la escuela para conversar sobre mi aventura del viaje, así nos pasábamos horas tras horas hablando, hasta el momento de irnos a casa, en el camino continuar conversando; pasamos por todo el barrio Colimes conversando; parecía una lucha contra el tiempo y el espacio nuestra conversación.

Capítulo 7

Llegó el año 1977. Tocaba cursar el tercer grado. El mes de mayo se iniciaban las clases con las compras de los útiles escolares, los cuadernos, las reglas, el compás y los forros para los cuadernos. A mí me gustaba forrar mis cuadernos con papel manteca, por su brillo. Había de distintos colores, por lo general me gustaba el azul o el verde. Los lápices, las plumas rojas, azules, negras, los marcadores y la goma que era infaltable para cualquier manualidad. Lo que no podía faltar era el libro de lectura, el profesor había recomendado el libro *Rinconcito de mi Tierra*. Ese día revisé las compras de los útiles, llamándome la atención ese título. Era un libro muy interesante donde se hablaba de las buenas costumbres de los pueblos del Ecuador, sobresaliendo los pueblos de la Costa, donde se cuentan variadas leyendas, con temas de buenos modales y fragmentos sobresalientes de la historia del Ecuador, incluida su independencia.

Era lunes y empezamos las clases. El profesor nos dio la bienvenida y comenzó con la materia de Matemáticas. Yo estaba contento porque volví a ver a Mey Lee. Yo ni atendía las clases porque solo quería estar al lado suyo y siempre viéndola, eso era lo más placentero para mí.

Días y meses pasaron sin que se notara, siempre juntos, ninguno de los dos nos queríamos separar; nuestros amigos nos veían y en voz baja decían: “Ellos son enamorados, la *Chinita* con el *Chino* están enamorados, pero ninguno de los dos lo sabe”, riéndose entre ellos.

Mi rendimiento escolar iba bajando, siempre sacaba regular en todas las materias, pero no me sentía mal, solo quería estar al lado de Mey Lee. Me sentía en las nubes cuando estaba cerca de ella, sólo eso quería. Esa era mi vida, tratar de contentarla en todo; si quería jugar, jugaba con ella. Éramos inseparables. En mi imaginación vivía en ese mundo lleno de fantasía. Imaginaba a los dos cogidos de las manos, queriéndonos, amándonos, lejos del mundanal ruido. Ese año pasó como una hoja que se la lleva el viento, sin sentirlo, ni tocarlo; pasó entre juegos, clases y canto. Yo me sentía parte de Mey Lee, nos contábamos todo lo que pasaba en las casas, en la telenovela que veíamos, en el infaltable programa de la *Tremenda Corte*, con el cómico cubano Leopoldo Fernández al que se lo llamaba *Tres patines*, las series de comics o de dibujos animados, como el *Superraton*, *La Hormiga atómica*, *La Abeja Maya*, *Scooby-Doo* y la inolvidable *Pantera Rosa*, que

nos hacían reír y nos dejaban alguna moraleja o enseñanza siempre para crecer como persona.

Mi papá era muy aficionado a las películas mexicanas. En Balzar, me llevaba a los cines donde se proyectaban películas con la actuación de sus ídolos: Jorge Negrete, Pedro Infante, Miguel Aceves Mejía, Javier Solís..., así aprendí el gusto por las canciones mexicanas.

En Balzar, había dos cines: “El Félix” y “El Diamante”. “El Diamante” fue el primero de Balzar, en los años 1930-1940. Era un cine de categoría, muy elegante para la época, con palcos construidos de madera. Cuando lo conocí, todavía quedaban partes de esos palcos.

El cine Félix era más actualizado, también tenía palcos en la parte de arriba, pero era muy sencillo, solo proyectaban películas actuales de moda. Ir al cine era uno de los pasatiempos en verano.

Ese año, en el mes de diciembre, todos los grados de primero a sexto andaban programando las festividades de la Navidad; sin embargo, se me hacía muy raro que mi profesor no se pronunciara para realizar algún evento, nadie se atrevió a preguntarle si se iban a realizar algún tipo de acto en la celebración de las fiestas de la Navidad o el fin de año. Faltando una semana, el profesor se pronunció sobre estas festividades: —Esta Navidad vamos a hacer una fiesta y a escoger una princesita de Navidad—. Yo, al escuchar esa afirmación del profesor, me imaginado que mi Mey Lee, iba a ser la princesita y yo su caballero, mi imaginación corría como un rayo de ilusiones con la imagen de los dos juntos tomados de las manos, enamorados, sin tiempo ni espacio.

En el recreo nos vimos y le dije que me gustaría que ella fuera la princesita de Navidad, preguntándome: —¿De verdad te gustaría que yo sea la princesita de Navidad?—. Le respondí que era la indicada, pero sintió curiosidad de saber por qué yo creía que era la indicada, y yo no sabía qué responderle, pero atiné a decirle: —Porque eres la mejor amiga de todos, la primera en clases... ella repreguntó: —¿Sólo por eso, nada más?—. De pronto me salió decirle que para mí era mi princesita. Un silencio invadió nuestro entorno, pero ya lo había dicho. Quería salir corriendo, un pánico se apoderó de mí porque no sabía cómo expresarle mis sentimientos, no sabía decirle cuánto la quería, que

la amaba, que sin ella no era nadie. Quizás mi karma era el silencio, no poder expresar este sentimiento que calcinaba mi pequeño corazón.

Entonces, Mey Lee dijo: —Sabes, le voy a decir a Mamá que yo quiero ser la princesita de Navidad. Y como mi mamá es muy amiga del profesor, no se va a negar para que yo sea la princesita de Navidad de mi grado.

Ese día la señora Rita llegó tipo 9 de la mañana a la escuela, acompañada de una hermana. Eran dos personas que buscaban hablar con el profesor Galo Orosco y lo encontraron. El profesor, muy atento, le dio espacio a la señora Rita para conversar sobre su pedido de que Mey Lee sea la princesita de la Navidad, pero le dijo que ya había escogido una princesita, que era una compañerita de nosotros, por pedido de la tía de ella. Buenaventura se llamaba la compañerita. Esa niña tenía una historia trágica, la había criado la tía desde que había nacido, pero Buenaventura casi no hablaba en el grado y siempre estaba molesta o se ponía a llorar. El profesor le contó la historia a la señora Rita y ella comprendió. Mey Lee esperaba con ansias la noticia de que ella sería la nueva princesita de Navidad, pero la señora Rita la llevó aparte y le explicó la situación. Mey Lee cogió sus cuadernos y se sentó en una de las sillas que había en la entrada de la escuela y se puso a llorar.

Al día siguiente sería la fiesta de la escuela y el profesor organizó la fiesta. Mey Lee no llegó a la fiesta del grado, se fue al grado de su hermana Luisa Min y yo me quedé solo sin mi princesa. Mi papá tenía que llevar seis pollos ahornados, pero llegó después de que se había terminado la fiesta de mi grado, y tuve que repartir esos pollos en diferentes grados.

Ese año lo terminé con notas bajas. El profesor me llamó la atención y me dijo que si seguía así, me iba a quedar de grado. Un frío helado recorrió mi columna vertebral. No por el miedo de que me hablen en la casa, sino por no poder estar en el próximo año al lado de mi Mey Lee. Me asusté tanto, que quise poner atención en los estudios y los trabajos que enviaba el profesor, pero ya se acababa el año lectivo y tratar de mejorar era complicado, en un mes y medio no iba a mejorar mi calificación. Me preocupaba si iba a poder pasar de año con esa calificación tan baja y penosa; solo era regular en todas las materias. Definitivamente yo estaba mal. Llegó el día de la entrega de la libreta de calificaciones; mi papá la vio y se llenó de coraje, se acercó al profesor y le dijo: — Maestro, ¿cómo hago?, este mucho no entiende razón, no estudia se la pasa sólo pensado,

haciendo números de teatro, como la de *La tremenda corte* y no estudia. —Vea mi estimado padre de familia, se lo voy a promover al cuarto grado, pero si no responde lo dejo, porque cuarto grado es la base de la primaria en lo que tiene que ver con Matemáticas y Gramática. Le recomiendo que en vacaciones lo haga nivelar con un profesor particular.

Así fue, llegaron las vacaciones, y me mandaron adonde doña Barbarita, que era una señora que en vacaciones se dedicaba a nivelar a los niños que tenían baja calificación y ahí pasé mis vacaciones, aprendí las primeras reglas básicas de matemáticas, como son sumas, resta, multiplicación, división y raíz cuadrada, y también revisamos Gramática.

Capítulo 8

1978, para el Ecuador ese año era clave en la democracia. Vivíamos en un régimen militar y el presidente Rodríguez Lara realiza un referéndum para que el pueblo escoja su gobernante. Ganó la democracia. Ese mismo año se perfilaban dos figuras políticas: por el partido C.F.P. —Concentración de Fuerzas Populares—, que era liderado por Asad Bucaram Elmhain, el candidato a la Presidencia de la República era Jaime Roldós Aguilera; y por el Partido Social Cristiano, el Arq. Sixto Durán Ballén. Y en cada pueblo al que iban se vivía una verdadera fiesta democrática. El abogado Jaime Roldós se presentó en las cinco esquinas, en el centro de Balzar, con un mensaje dirigido al pueblo que emocionó a todos con su oratoria.

También escuché al arquitecto Sixto Durán Ballén, que tenía una oratoria política bastante fluida, pero no hizo emocionar al pueblo de Balzar.

Recuerdo que el abogado Jaime Roldós ganó la contienda de las elecciones de ese año, en ese tiempo en mi casa ya había televisión, era un televisor de blanco y negro de 14 pulgadas, donde por primera vez vi la investidura de un presidente: Jaime Roldós dio un discurso elocuente y esperanzador para el pueblo del Ecuador. Son recuerdos que se me quedaron en la memoria y creo que también en la memoria de todos los ecuatorianos de esa generación.

En ese año llegué al cuarto grado advertido de que, si no mejoraba el rendimiento iba a perder el año, pero me sentía muy capaz de superar debilidades de conocimiento, ya sabía sumar, restar, multiplicar, dividir, iba con las mejores ganas de demostrar que sí podía ser el mejor, pero cuando vi a Mey Lee se me diluyeron todas las buenas intenciones de querer demostrar que podía ser el mejor estudiante. La vi, sólo sentía ese amor que me invadía el cuerpo, sólo vivía para ella, sólo era de ella; sentía ese amor irracional saliéndome por los. No había nadie que pudiera aplacar esa sensación de amor, con un eco musical, una voz desesperada que repetía: “te amo, te amo; yo sin ti no soy nadie; yo sin ti me muero, me muero”. Y volví a ser el compañero que estaba siempre a su lado, complaciente en todos sus caprichos, hasta en sus necesidades, su compañero habitual para ir a casa.

Ese año la pasé creando comedia, aprendiendo canciones de amor, no pensaba en nada más que en Mey Lee, hacerla sentir bien, solamente estuviera a mi lado, para consentirla, admirarla y amarla en silencio, solo eso.

Los días de exámenes llegaron, el resultado obtenido en el promedio fue: dé insuficiente. Por el momento, no sabía qué hacer... Con esa nota tan baja, no iba a pasar de grado.

Recuerdo que estaba en una evaluación de clase, ya finalizando el año, el profesor vio mis exámenes, los revisó mientras estaba junto a él. Se quedó en silencio por un momento y luego me dijo: —Usted es la última rueda del coche, con usted ya no se puede.

Así que no había que hablar mucho, el profesor Galo Orosco había decidido dejarme de grado. Yo por unos momentos me preocupaba, pero terminaba haciendo lo que a mí me gustaba.

Ese fin de año fue decisivo. Huno la reunión de padres de familia para la entrega de libretas, y el resultado fue mi pérdida de año. El profesor, después de haber dado un informe del año lectivo, fue entregándole a cada padre de familia la libreta con el pase de año de cada estudiante. A mi papá lo dejó a lo último. El profesor se le acercó y le dijo: —Mi estimado Padre de Familia, yo sé que esto es duro para usted, pero su hijo ha perdido el año conmigo, yo he tratado de hacer lo posible para que su hijo pase de año, pero su hijo no ha colaborado, se ha pasado todo el año cantado y haciendo *sketchs* de los programas de televisión. Ahora, dígame, señor Padre de, Ffamilia, cómo lo puedo ayudar si él nunca se dejó ayudar, siempre fue insuficiente en las materias y no lo puede promover al quinto grado porque no está apto para ese curso. El alumno se queda de grado, tendrá que repetir el año. Tiene dos profesores para que repita el año: el abogado Julio Triviño y el profesor Darío Ronquillo, y ahorita vaya y matricúlelo de nuevo al cuarto grado.

Hasta ese momento mi papá no volvió hablar con el profesor Galo Orosco; se encaminó a la mesa de matriculación donde estaban todos los grados de la escuela y se dirigió por medio de un cartelón donde decía cuarto grado, mi papá se acercó. me matriculó, luego salió rumbo a la casa de mi abuelita donde me encontraba. Ese día mi Papá llegó a la casa, mudo, tenía un aspecto de pocos amigos. Desde la sala me llamó y me dijo: —Verá, jovencito, usted se ha quedado de año, no hubo cómo ayudarlo, ni usted tampoco ha

colaborado en los estudios. Tendrás que repetir el año y te voy a dar una última oportunidad, porque si no la aprovechas, tendrás que ir a trabajar al campo como los animales de carga. Porque si no estudia, usted jovencito no habrá servido para nada, sólo para animal de carga, y yo en el campo ya tengo bastantes animales de carga.

Esas palabras me retumbaron con eco en mi cabeza, por un momento sentía que perdía la noción del tiempo, que las piernas ya no me daban más, todo se oscureció en rededor, sentía que me daba vuelta todo y no sé cómo me sostuve tras la noticia de que me había quedado de año. Las palabras de mi papá que me hicieron sentir miserable, tan poca cosa como ser humano y como hijo.

Ese día en la casa de mi abuelita no se dijo ni una palabra, no quise almorzar, ni merendar; me fui a la cama con la culpa de haberme quedado de año y me preguntaba: ¿Qué hice en este año? ¿Por qué no me preocupé en estudiar? Volvía a preguntarme: ¿Qué hice? Creo que pasé toda la noche pensado, pero también pensaba en Mey Lee, en cómo lo iba a tomar; tal vez me diría “Te quedaste de año por vago”, o quizás le daría pena, lo cual no lo aceptaba mi mente...

Pasé algunas semanas con el dolor por la pérdida de año y porque no iba a estar al lado de mi Mey Lee en el siguiente año lectivo. Tenía que tomar una decisión, tenía que superar ese sentimiento que te desubicaba y te sentenciaba a estar en nada, tenía que superar este sentimiento que no me hacía nada bien; tantas ilusiones que me había hecho y estaba seguro de que algún día le tenía que hablar de mis sentimientos, pero con mi pérdida de año ya no estaría a su lado en el salón de clases, y por ello era casi seguro que la perdería, y sólo de pensarlo me causaba dolor, pues las cosas ya no iban a ser lo mismo, yo en el mismo cuarto grado y ella en un curso superior, en quinto grado, ya no iba a estar cerca de ella, yo no le iba a comprar sus grosellas curtidas o sus mangos, quién le iba a cargar su maleta o sus zapatos o las medias que siempre dejaba olvidadas.

En esas vacaciones volví a la escuelita de doña Barbarita, una señora que se dedicaba a nivelar a los niños que tenían carencia de conocimiento básico en matemáticas y gramática. Esos días fueron decisivos para reflexionar y meditar sobre las tristezas y tragedias que me agobiaban.

Ese año fue duro, quizás el más duro que tuve que enfrentar, buscaba en mí esa determinación para enfrentar mis miedos, mi enamoramiento platónico porque no podía decir todo lo que sentía, y eso me molestaba, me frustraba, me condenaba a vivir en silencio, a no expresar mis sentimientos a la persona que amaba, mi querida Mey Lee. Y así fue pasado el tiempo, semanas, meses, hasta que tuve que volver de nuevo a la escuela. Por las noches me preguntaba cómo iba a ser mi profesor. Sabía quién era él, era el abogado Julio Triviño Rodríguez, quien tenía fama de ser un poco descuidado con los alumnos de él por sus estudios en Derecho. Ese profesor, que tenía fama de descuidado, me recibió en su grado.

Capítulo 9

Era el año de 1979 y el mes de mayo, iniciábamos las clases. Esa mañana no quería ir a la escuela, mi abuelita trataba de animarme, pero me sentía mal. Mi abuelita con voz fuerte, autoritaria me dijo: —Te vistes rápido porque te voy a llevar. —Yo me vestí, cogí mi cuaderno y me fui a la escuela, llegué al grado donde me habían asignado, el profesor Julio Triviño me dio la bienvenida. Nunca me habían dado una bienvenida en ninguna parte de mi vida, ni en mi casa, me fue gustando ese grado. En ese grado había dos chicas, que desde el primer día fueron mis primeras amigas, eran dos chicas oriundas del cantón Daule, cercano a Balzar. La una era Francisca, a quien le decíamos *Panchita*, la otra era Juli, a quien siempre recuerdo con su dulce sonrisa al presentarse a mí; también estaba mi amigo de barrio Luis Montiel, comencé a ser amigo de Edison, a quien le decíamos *Coco*, y de Silvano, a quien le decíamos *Chava*; esos fueron mis primeros amigos en el nuevo grado.

El profesor Julio Triviño comenzó la clase con gramática, había que conjugar los verbos en presente, pasado y futuro; yo trataba de responder en sus clases. hacer ejercicios, porque me sentía en confianza.

La hora de recreo para mí era dura porque me tenía que topar con mis amigos del año anterior. Tocó la campana de recreo, no me animé a salir del grado. Mis amigos que habían pasado de grado, como Ronal, Almeda, Luis Quijije e Iván, me iban a ver al grado donde yo estaba. Cuando los vi, me invadió un sentimiento fuerte, con ganas de llorar, sólo atiné a abrazarlos, ellos también me abrazaron, dándome ánimo. Ronal, emocionado, me dijo: —Vamos a hablar con el profesor Galo Orosco, para que te deje entrar al grado. —Y yo respondí —casi en sollozo—: no amigo, ya me quedé de grado.

Esperaba a Mey Lee, con su inseparable amiga, Cecilia, pero no llegaron. Ese día comprendí que yo no era su amor, sin embargo, me moría de amor por ella.

Así pasaron los días, Mey Lee no me fue a ver, ni yo iba a su grado porque me daba vergüenza, ya me hacía a la idea de no volver a hablar con ella. En una mañana de recreo, estaba conversando muy ameno con *Panchita* y su hermana Juli, cuando Mey Lee se acercó a preguntarme si podíamos hablar o si estaba ocupado, a lo que respondí: —No, tranquila. —Me alejé de mis amigas. Con Mey Lee, nos fuimos caminando, conversado

de cosas sin sentido. Pero en esa conversación sostenida me pregunta sutilmente si yo había hecho amistad con *Panchita*, y qué sentía por ella. Le contesté, éramos sólo amigos, que *Panchita* tenía su enamorado y Juli era sólo mi amiga. Mey Lee se quedó en silencio por un momento y luego dijo: —Parece que a ella le gustas. —Ante eso acoté: —No me he dado cuenta. ¿Te molesta que tenga como amiga a Juli? —Ella se quedó en silencio, después de un momento me respondió: —Sí, porque después no hay quién me acompañe a mi casa, ni quién me lleve la maleta. —Le volví a preguntar: —¿Sólo por eso no quieres que Juli sea mi amiga? —Al notar mi exigencia en la pregunta, se puso muy nerviosa. — Sí, sólo por eso. —Pero la respuesta fue entre dientes, dándome la impresión sentía vergüenza el responderme.

Los días, las semanas, los meses pasaban con el mismo orden de visitas. Mey Lee, me iba a buscar a mi grado o yo la iba a buscar al suyo, y salíamos a pasear por los alrededores de la escuela, eran asiduas tertulias en las que nunca terminábamos de conversar. Para ir a la casa me buscaba siempre a mí. Y nos íbamos caminando sin tiempo ni espacio. Creo yo que era lo que más disfrutábamos. Mey Lee tenía una hermana que estaba en un grado superior al de ella, Luisa Min, quien al vernos siempre juntos comenzó a preguntarme: —¿Cuándo? —Para mí era comprometedor esa palabra, sentía afianzado mi sentimiento por Mey Lee. Al salir de la escuela siempre me busca con cualquier pretexto para que la acompañe a su casa, salíamos de la escuela. Pasábamos por toda la calle del barrio Colimes, la calle del cementerio, que era la calle de la Paz (por el cementerio). Ese era el final de la calle.

Siempre la acompañaba hasta la esquina de la casa de Paco Macías, de ahí me retiraba a la vivienda de mi abuelita, que quedaba frente al cementerio. Esa era la rutina diaria, de lunes a viernes, pero cuando existía un evento en la escuela el acompañamiento incluía los sábados.

Teníamos algo en común, manteníamos un diálogo continuo e interminable, conversábamos de cualquier tema: programa de la televisión, familiares, de los compañeros o de la escuela, pero siempre existía un tema de conversación para los dos, interesante y apasionante.

Así pasaron los días, los meses y los años, pero no le hablaba de mis sentimientos, no era por temor, debido a que siempre me gustó ser expresivo. decir lo que me gustaba o no me gustaba, aunque intenté tantas veces manifestarlo, algo en mí me decía ¡no era tiempo!

Traté de acercarme a Mey Lee de muchas maneras. Siempre nos topábamos en la iglesia. Al formar parte del grupo de catequistas, me presentaron a uno de mis compañeros catequistas, que lo habían escogido como director del grupo. En esa elección no pude estar, por mis estudios en Guayaquil. Su nombre era Aníbal Cedeño, una persona muy agradable para conversar; llegamos a ser buenos amigos. A él comencé a contar sobre mis penas e ilusiones, le conversé de mi ensueño en la escuela con Mey Lee. Aníbal vivía en Balzar, pero no la conocía.

En Guayaquil, en el parque de la Victoria, siempre pasaba por un local donde se exhibía un anillo de oro con una perla engastada, así que reuní dinero, compré el anillo que venía en un sobre pequeño. Era el mes de diciembre, cumpleaños de mi hermana; le iban a celebrar sus quince. Pensé que esa celebración sería una buena oportunidad para expresarle a Mey Lee lo que sentía por ella, así que le pedí a mi Mamá unas invitaciones para su familia, para buena o mala suerte, también invite a Aníbal.

Esa noche de los quince años de mi hermana, la vi llegar muy hermosa a Mey Lee; le había reservado la mesa más cercana a la de mi familia e iba a su encuentro, pero Aníbal se me adelantó. Al ver esa acción de parte de él, me retiré. Más tarde Mey Lee se acercó y me preguntó: —¿Cuándo me saca a bailar? —Pero como yo había visto la afinidad entre Mey Lee y Aníbal, me mantuve distante. Pasaron algunas semanas hasta que Aníbal se me acercó, me dijo que estaba saliendo con Mey Lee. Le reproché: —¿Cómo así?, si yo te había contado de mis sentimientos hacia ella. —Él me respondió: —Mira, *chino*, ella nunca te va a hacer caso, ella sale con gente de dinero, con gente pudiente, y ¿tú qué tienes? —Me quedé en silencio, sin palabras. Su respuesta mató todas mis ilusiones, y no volvimos a hablar de ese tema con Aníbal. Pasaron los años, un día me encontré con doña Rita, al saludarnos me dijo: —¿Qué se ha hecho?, ya no nos va a visitar. Mey Lee está enferma, tiene derrame facial. ¿Sabe?, ella terminó con Aníbal, así que vaya nomás. — Después de lo que me dijo doña Rita, una noche decidí visitarla, le llevé el anillo que le había comprado años atrás y se lo di, pero caí en cuenta de su tristeza por el rompimiento de su relación con Aníbal, creí conveniente no decir nada. Unos meses después me enteré de que habían vuelto. Pensé que era lo mejor, porque ella sufría mucho. No pasó mucho

tiempo y se casaron, el día de la boda, sin querer, pasaba por la iglesia, la vi salir casada. Sólo me limité a observarla. Para mí, una novia tenía que salir rebosante de alegría, pero vi triste a Mey Lee. No sé si en ese momento se sentenció a la gloria o al infierno.

Pasó el tiempo y la vi embarazada, lucía muy bonita. En otra ocasión nos encontramos de frente, ella andaba con su niña de un mes de nacida, nos saludamos. Mey Lee, con mucha alegría, tomó la niña de su coche, me la puso en mis brazos; sentía que me faltaba el aire, era una especie de dolor y ansiedad, de sentimientos encontrados. Me despedí de ella, de su niña, me fui a la casa, le conté a mi Mamá cómo me había sentido. Mi madre, mirándome fijamente, me dijo: —Hijo de mi alma, usted siempre la amó, siempre la quiso. —Calmandome con un abrazo, mi madre.

Siempre me pregunté: ¿Por qué no le expresé mis sentimientos a Mey Lee? Llegué a pensar que sería por tímido o acomplejado. Un día, conversando con un doctor en Psiquiatría y psicólogo, me aseveró: —No, mi estimado alumno, si fuera tímido o acomplejado, no hubiera alcanzado lo que usted ha llegado a ser; un acomplejado o tímido no llega ni a la esquina, por su estructura patológica. A renglón seguido me envió esta nota para que la leyera:

“Se define por complejo: "*Combinación de ideas, tendencias y emociones incorrectas, que generalmente adquiridas tras un momento emocional, repercuten negativamente en la persona*". Según la Asociación Estadounidense de Psicología, el **significado de complejo** se define como un grupo o sistema de ideas relacionados que tienen un tono emocional común y ejercen una influencia sobre nuestras actitudes y comportamientos. Tanto es así que los complejos psicológicos abarcan una serie de patrones básicos de deseos, emociones, recuerdos y percepciones que, sin que la persona sea consciente, acaban influyendo en la forma en la que esta se comporta y piensa de sí misma y de los demás. Por otra parte, en los **complejos más comunes** aparece una terrible herramienta del ser humano: la comparación.

En los tiempos actuales, la comparación suele ser sobre todo del aspecto físico, y especialmente a través de las redes sociales, donde la perfección a la vista del mundo es una única norma para seguir. Efectivamente, esta comparación siempre *es negativa hacia mí mismo* en comparación con el otro, *es continua* y se crea *el círculo vicioso de seguir comparando ese "supuesto defecto" con el resto de las personas.*

Para romper con el agravio negativo del **acomplejado** es vital hacernos *las preguntas correctas para dar con la mejor solución* "¿Realmente tener más de eso me hará más feliz?", "¿Si tuviera más de ello, se acabaría el problema o seguiría comparándome y encontraría más defectos?". Otra buena técnica para cualquier complejo es superar la inseguridad que va relacionada con ellos. Antes de afrontar los complejos, debemos saber identificarlos.

"Ten cuidado con lo que deseas, se puede convertir en realidad". Óscar Wilde, escritor.

Complejos psicológicos más comunes.

Existen una serie de **complejos** que son los que más afectan a nuestra sociedad. Es muy probable que si estás **acomplejado** o **acomplejada**, te identifiques en alguno de ellos.

1. **Complejo de Inferioridad:** Se manifiesta en aquellas personas que, tras pasar por distintas experiencias negativas y tras haberse creado multitud de complejos, han acabado aceptando que son inferiores en todos los aspectos a los demás. Se sienten como el patito feo que no encaja en un mundo de cisnes. Tener un complejo de inferioridad es un sentimiento muy habitual en el modo de vida que tenemos en la actualidad. En muchas ocasiones, para superar estos complejos, las personas deben **vencer la inseguridad** que sienten debido a una percepción negativa hacia ellas mismas.
2. **Complejo de Superioridad:** Se manifiesta cuando hay un **complejo de inferioridad** mal resuelto, cuando la persona para tapar sus complejos y experiencias internas crea una imagen de idiosincrasia, sabelotodo, agresiva o superefectiva, etcétera. En general, estas personas suelen intentar bajar la autoestima a otros para sentirse bien en la comparación. Por otra parte, toda esa imagen es como un espejo de doble cara, donde, por un lado, se ve la realidad del miedo y la incapacidad; y, por otra parte, la mejor cara.

Pero, este no era mi caso. Había un mundo de misterio que no podía explicar, ni comprender; sólo el tiempo podía darme la respuesta. En mi psique, me hago esta pregunta, ¿Porque a esta altura de mi vida me he vuelto a enamorar de una mujer que la pensaba inalcanzable en tiempo de mi juventud; que cuando la vi salir de la iglesia casada

con el hombre que ella había escogido, enterré el sentimiento que había ido creciendo desde mi niñez, en tiempo escolar, hasta ese momento de mi juventud?

Quizás, el silencio fue mi peor aliado en esa época, el no expresar mis sentimientos. Pero ¿qué le podía ofrecer, que tenía en ese momento? Balzar, mi pueblo, sufría una conmoción social de un consumismo brutal; tal como tú vestías, te trataban. Si mostrabas opulencia, eras tomado en cuenta. Si no eras nadie, simplemente no te tomaban en cuenta para nada. En esos tiempos de mezquindad y arrogancia, con dinero se quería comprar todo, hasta la felicidad.

Otros hicieron su vida en el extranjero, en países como España, Holanda, Italia, Alemania, entre otros, donde aprendieron a respetar, ser responsables con el trabajo. Balzareños que nunca habían cogido una pala, en otros países fueron a hacer lo que nunca habían hecho en su país. Aunque todo trabajo es digno, muchos de ellos fueron a limpiar baños, a destapar desagües, a lidiar con personas de la tercera edad, muchas veces cambiándoles los pañales cuando ni a sus padres los habían atendido.

Han pasado más de 40 años y toda esa generación que apostó por la opulencia, se destruyó a sí misma. No hay una pareja que no se haya divorciado, que no haya hecho su vida con otras parejas. Creo que eso es uno de los signos de mi época, que se ha vengado silenciosamente, porque que esas personas que apostaron por la opulencia ahora viven en la miseria, añorando esos días de juventud en los que todo se podía, pero no se hizo nada. El juez fue el tiempo.

Capítulo 10

Llegó la década de los 80. Nuestra generación era presa fácil de consumismo voraz. Era época muy difícil para mí, la pobreza era mi primer obstáculo para seguir adelante, y tomé la decisión de estudiar, de forjarme como profesional. Estaba convencido que no sería fácil, que me iba a costar, que posiblemente me iba a cansar y dejaría botadas todas mis aspiraciones. Pero estaba decidido, así se lo comuniqué a mi Mamá; ella me dijo: —Es lo mejor que has pensado, hijo mío; qué bueno, me alegra mucho. Serás un apoyo para tus tíos, tú sabes que allá en la ciudad no hay tiempo para nada. Si quieres salir adelante, tienes que sacrificarte, aunque te cueste lágrimas.

Por la tarde, mi Mamá se dirigió donde una amiga para que le prestara el teléfono para comunicarse con sus hermanos. Primero habló con el tío Ernesto, pero él se negó; le dijo que no tenía espacio, que las cosas estaban difíciles en su casa, que no me podía alojar.

Igualmente, llamó a mi tía Alba Marina, y esta, con mucha pena, le dijo: —Hermana, yo no te puedo decir que sí, porque mi marido es muy jodido y si digo que sí, me puedo meter en un problema con él.

Fui a vivir con la tía Leonor, quien era de carácter fuerte, pero mis primos eran tremendos, lo que ellos querían siempre lo obtenían, así tuvieran que vender a la madre, ellos lo hacían. Ramiro y Ángel, los dos mayores, eran los que más me llevaban con ellos cuando salían, me cuidaban como hermano, no les gustaba que nadie me maltrate. Yo los acompañaba a todos lados, pero parece que mi tía lo vio mal, impidiéndome salir con ellos, me encargó quehaceres de la casa, como trapear, hacer los mandados, además cuando escaseaba el agua potable tenía que buscar el agua y llenar varios tanques para el consumo de todos.

En ese vaivén de los años fui forjando mi realidad: para llegar a ser alguien, tenía que sacrificarme por lo que yo quería.

En una ocasión que mis primas habían botado a la basura varios libros de medio uso, yo los fui a recoger, me los llevé a mi cuarto, ese cuarto en el que tantas veces soñé con ser alguien. Pasaron los años, el final del sexto curso se acercaba. Tantos sacrificios que había experimentado, que sólo mi Dios y yo lo sabíamos. Me gradué, pero no como yo había querido verme: dedicado por completo a mis estudios, porque siempre tenía que hacer

algo, siempre me interrumpían en horario de mis estudios; hasta para comprar un cuaderno tenía que hacer milagros. Pero llegó el día, ese día. Nadie en la casa de mi tía me quiso acompañar; ninguno podía. A veces pensaba que era enviada, porque me iba a graduar; ellos, con toda la plata que tuvieron, no llegaron a graduarse. Compraron el título de bachiller.

El acto de graduación fue sencillo, pero para mí fue inolvidable esa noche. Ni yo mismo me creía lo que había alcanzado: ser Bachiller de la República del Ecuador.

Traté de buscar un trabajo y supe que en la empresa “Calidad de lavado” estaba cogiendo personal. Esa empresa se dedicaba a lavar toda clase de trajes y prendas en seco. Me tomaron un examen en el departamento de Talento y salí calificado, comencé a trabajar en una de las distribuciones de lavandería que estaba ubicada en Urdesa, en Guayaquil; por aquellos tiempos, era una de las urbanizaciones donde vivía gente de élite. En el trabajo tuve muchos amigos que me estimaban, Walter era uno de los empleados más antiguos y siempre estaba enseñándome o tratando que la ropa o las prendas no se me acumularan; con ello facilitarme el trabajo. Pasado algún tiempo, reuní dinero y traje a vivir a mi Mamá y a mis hermanas a Guayaquil. Mis hermanas eran señoritas y ya se podían defender solas.

Llegamos a vivir al suburbio de Guayaquil, en las calles 13 y Portete; ahí alquilábamos un departamento sencillo que tenía tres dormitorios, una sala, un baño y una cocina. Todo parecía marchar bien en el trabajo, pues siempre era el primero. Luego, mis hermanas comenzaron a trabajar: una, en laboratorio HG; la otra, en el puerto de Guayaquil; la menor tenía conocimiento de contabilidad y computación, la escogieron para que se desempeñe como asistente de secretaria. Nos iba bien, hasta nos llegamos a cambiar a un departamento mejor, en el mismo sector. Mi Mamá siempre me decía: —Mijito, usted tiene que estudiar, ser un profesional; no se me quede como un obrero, el trabajo que usted hace es digno, pero aproveche su juventud. —La lectura fue mi pasión, y mi Mamá me comenzó a ilusionar, pero no sabía qué carrera escoger, porque a mí siempre me gustó defender, siempre vi mal la injusticia, pero me decepcionaron los abogados. Cuando se iba a cerrar la empresa donde trabajaba, el abogado que contratamos se vendió a los dueños de la empresa. nos dieron una liquidación que no justificaba los años de trabajo en esa empresa.

En 1989, perdimos el juicio contra de la empresa. Esta no nos reconoció los años de labor, en la liquidación.

Pero la vida sigue, decía mi madre, después de dos meses un amigo me habló para que me quede reemplazándolo en su cargo de sonidista en una radio. El sonidista era el que programaba todo el repertorio musical, junto con las publicidades o cuñas comerciales. Me citó en la radio, ese día estaba preocupado porque no sabía lo que me iba a deparar esta nueva etapa laboral, pero también sentía una curiosidad inquietante.

Al llegar a las oficinas de la radio, me identifiqué, le dije a la persona que me recibía que tenía una cita con el gerente propietario de la radio “El Sol”. Ella me dijo enseguida que me estaba esperando el ingeniero Fernando, quien me hizo pasar a su oficina.

—¡Usted es! Martín me ha hablado mucho de que es un hombre responsable, honrado. ¿Sabe una cosa, mi estimado amigo? No me gustan los currículos, el papel aguanta todo; me gusta hablar cara a cara, que me lo recomienden; por si algo pasa, saber a quién reclamar. —Yo escuchaba todo lo que me decía, en absoluto silencio, sin interrumpir. Mandó a llamar a Martín y le dijo: —Enséñale el movimiento de la radio, de las programaciones, si aprende rápido se queda reemplazándote a ti, Martín; si no, no tendrás que darte estas vacaciones hasta que encuentres una persona que domine el manejo de la radio.

Martín comenzó a explicarme todo lo que había en la cabina y comenzó a hablarme de los discos. En esa radio había más de dos mil discos, entre grandes y pequeños: los de 45 revoluciones y los de 33 revoluciones, que eran LP o elepé (del inglés *long play*); álbumes de los cantantes más famosos de esa época y música de las épocas pasadas, la música del ayer. Después me explicó sobre los platos o tocadiscos donde se colocaban los discos ya anunciados o programados que tenían que ir acorde a las programaciones, la hora de cada publicidad o cuñas comerciales. Tenía que estar atento, pues cuando se anunciaba la canción por parte del locutor, el sonidista tenía que abrir el *switch* (el botón de abrir y cerrar el canal de la consola de la radio) del canal de la canción o de la publicidad para que se escuche. Todo esto se manejaba en una consola específicamente para radio, luego esa señal pasaba al transmisor, que salía por la frecuencia que le había asignado, hasta una antena que se encontraba en el techo del edificio, de esa señal pasaba a otra antena

que estaba fuera de la ciudad, esa antena emitía la señal hasta donde tenía permiso la radio de transmitir su señal.

Para mí fue fascinante ese momento, de conocer la radio por dentro cómo era su mecanismo. Fue amor a primera vista. Ese día me quedé. No sé cómo se me pasaron las horas, cuando me di cuenta, mi amigo se despedía de mí por vacaciones. Comencé a trabajar desde aquel día: programé la música que a mí me gustaba. Así se inició mi trabajo en la radio, esa noche no fui a casa, me quedé durmiendo en la emisora. Poco a poco sentía apoderarme de las programaciones, mi precisión cada vez se perfeccionaba en el sitio de mi trabajo; me hice importante en el área, si yo no revisaba las grabaciones de publicidad o los programas pregrabados, no salían al aire; mi finalidad era proteger la calidad del producto que iba a salir al aire. Siempre me llamaban para grabar publicidades. Así pasó ese periodo de mi vida, en una cabina de sonido de la radio, entre grabaciones.

Capítulo 11

A la radio llegó una comunicación bastante misteriosa que sólo tenía que ser entregada personalmente a mí. Cuando llegué a la radio, me esperaba una persona con un sobre; lo conduje a mi oficina, lo hice pasar, le pregunte cuál era el motivo de su visita y por qué querría hablar conmigo. Aquella persona me dijo: —Señor, mi jefe le envía esa propuesta de trabajo. —¿Quién es su jefe? —La persona que traía el sobre era de la radio “La Romántica”. El hombre interrumpió mi pregunta y dijo: —Soy jefe de programación y director de radio “La Romántica”. —Era una radio de Guayaquil, la más escuchada en la provincia del Guayas y en casi todo el territorio nacional. La propuesta consistía en una invitación a colaborar con ellos con un sueldo bien atractivo. Sin dudarlo le dije que sí. —Pero habrá el sobre —me dijo el director de la radio “La Romántica”—.

Efectivamente, había una propuesta de trabajo bastante atractiva. Le pregunté ¿Para cuándo debería empezar a trabajar en su estación de radio?, el jefe dijo: cuando deje en orden mi trabajo. Fue un día miércoles el que fue a visitarme y a hacerme la propuesta de trabajo. Le dije que el lunes, sin falta, estaría en mi nuevo trabajo.

Ahí comenzó el camino hacia el periodismo en radio. Me gustó animar, como locutor, la música del recuerdo, que fue un éxito durante cinco años. Se llamaba “La hora de los clásicos del recuerdo”. Tenía sintonía total en la provincia, se escuchaba mucho, también, fuera de ella. Tanto fue mi éxito, que ascendí a voz oficial de la radio. A la par cursaba mis estudios de Periodismo en la Universidad de Guayaquil, en la Facultad de Comunicación Social. Esos años en la Facultad fueron inolvidables. Yo estaba muy bien ubicado con mi carrera y mi trabajo. Al final de mis estudios, tuve la oportunidad de hacer prácticas preprofesionales en un canal infantil, “Telejuegos”. En ese canal había un noticiero infantil, en ese espacio hacía mí prácticas, para graduarme.

Un día, al terminar el noticiero en el canal, que queda en el edificio “El Español”, la vi a Mey Lee parqueando su carro, nos hicimos de la mano. Pensé en saludarla, pero llevábamos prisa, ella iba a su trabajo, yo, a la universidad. Esa fue la última vez que nos encontramos y nos saludamos.

De ella sólo sabía por la señora Rita, porque en tiempo de elecciones o por referendo viajaba a Balzar, es cuando las amistades se topan, por esas cosas de la vida me topaba

con la señora Rita. La invitaba a degustar helados, porque sabía que le encantaban de diferentes sabores, ella me conversaba del calvario de Mey Lee; muchas veces la vi llorar por el sufrimiento de su hoja. Yo sólo me limitaba a hacer silencio, pues no sabía cómo disipar su amargura, simplemente me limitaba a decirle: ya pasará todo ese tormento, señora Rita.

Capítulo 12

Continue con mi vida, tratando de hacer, de la mejor manera, lo que sabía hacer, lo que me gustaba: ser radiodifusor. Siempre reflexionaba sobre lo que creaba en la radio, preguntaba qué cosas estaban mal, cómo las podía mejorar. Los éxitos siguieron hasta que me invitaron a dar un seminario de Radiodifusión, en la Facultad de Comunicación Social, por recomendación del Dr. Ricardo López, quien fuera mi exprofesor, fue muy bien llevada la exposición. Después me invitaron a reemplazar, por motivos de salud a un profesor, por un año, así fue como ingresé a la docencia universitaria. Con los conocimientos adquiridos, dentro de la cátedra, obtuve un contrato en la Universidad de Guayaquil, en la Facultad de Filosofía, en la carrera de Marketing y Publicidad, con la asignatura Publicidad en Medios de Comunicación. Ahí fueron diez años de impartir conocimiento, dejé la carrera muy en alto en la Feria de Conocimiento y Aporte a la Sociedad.

En esas ferias, donde exponen los estudiantes la formación integral de un universitario, se acercó una dama, muy bonita, por cierto; me preguntó sobre la asignatura que yo impartía y cuáles eran las características del perfil de egresado. Le contesté que para mí, un profesional debe estar convencido de lo que es y lo que quiere hacer para el beneficio de la comunidad o sociedad, las estrategias y métodos de cada instrumento que vaya a usar en cada uno de los medios de comunicación: si es en prensa escrita, tiene que usar una buena cámara fotográfica y una buena redacción; en radio, en un noticiero, un buen argumento noticioso; y si va a utilizar una cámara, escoger las mejores tomas y buen argumento para luego editar, tanto en la noticia como en las publicidades. Ese argumento le pareció muy bueno, me invitaron a la Universidad Laica Vicente Rocafuerte. Ahí estuve laborando poco tiempo, pues me llamaron a laborar a la Universidad Técnica de Babahoyo, donde hice vida académica por muchos años; llegué a esta institución en el año 2000, que marcaba el inicio de una nueva era y nuevos desafíos. Los rectores caían y otros subían; la agitación política era evidente. Yo he tratado de ser neutral y siempre me contrataban por mi capacidad y por la responsabilidad de mi trabajo, pero la universidad, que como toda institución no está exenta de crisis, sigue adelante formando profesionales visionarios que se pueden desenvolver en cualquier área, donde la sociedad lo requiera.

Han pasado los años y mi cabello se blanqueó; nuevos desafíos llegaron con la tecnología, nuevas plataformas y aplicaciones que hacen más rápida la comunicación, y el docente tiene que estar a la par con esos nuevos conocimientos.

En la comunicación hubo una avalancha de cambios, ahora muchos de nuestros estudiantes tienen su página web de noticias, eso demandó la creación en el pénsum académico de nuevas asignaturas, como Comunicación digital y Elaboración de páginas en internet, entre otras. Con el advenimiento de las plataformas digitales, la comunicación es más rápida. En segundo lugar, ahora ya sabemos en tiempo real lo que está sucediendo en el mundo.

A través de la red social Facebook me ubicó un excompañero de escuela, Iván Rosado, quien me envió una solicitud de amistad, que yo acepté, me alegré, ya que hacía más de 40 años que no sabía nada de mis excompañeros de la escuela, él me comentó sobre su idea de volvernos a reunir. Yo le dije con sarcasmo: —Mi estimado amigo, los que quedamos porque muchos han fallecido. —A lo que él me respondió: —Sí, amigo, sólo los que quedamos.

Comenzamos la planificación para el día del evento. Sería el domingo 11 de diciembre de 2022. Iván sugirió un lugar para la reunión llamado “El jardín”. Se serviría carne asada, arroz con menestra, ensalada y una jarra de sangría; cada plato tenía un costo de diez dólares, pero para algunos de los compañeros iba a ser duro asumir esa cuota, por lo que le dije a Iván que yo asumiría el pago, que lo importante era realizar el encuentro. Quedamos de acuerdo con la fecha y el menú, sólo teníamos que ubicar a los excompañeros e invitarlos, de eso se encargaría Iván, también llamado *Pulgarcito*, porque era el más pequeño del curso.

Iván comenzó a elaborar una lista y abrió una cuenta para crear un grupo en WhatsApp, plataforma digital que facilita la comunicación personal y grupal, sin costo adicional al pago de un plan de telefonía celular, mediante envío de mensajes de texto, de voz, imágenes y videollamadas. Él fue añadiendo uno a uno los contactos en el grupo de WhatsApp, incluida Mey Lee; cuando me ingresó, en ese momento ella me dio la bienvenida. Al aparecer su nombre en mi teléfono, sentí un escalofrío que me recorrió desde los pies hasta el cuero cabelludo. Sus palabras fueron: —Bienvenido, compañero

Ismael, al grupo de compañeros y amigos para siempre. —Era una sentencia que a futuro se cumpliría.

El tiempo se volvió a detener, el viento se quedó estático, las hojas de los árboles se quedaron en el espacio plasmadas como en un lienzo, no sé qué me paso, sólo alcance a decir: —Gracias, compañera Mey Lee, gracias por sus palabras. —De ahí en adelante nos comenzamos a escribir, una mañana veo que los integrantes del grupo le daban el pésame por la muerte de una tía suya. En un mensaje aparte, le pregunté a Mey Lee cuál de sus tías había fallecido, pues yo las conocía a todas por medio de la señora Rita, Mamá de Mey Lee. Enseguida me respondió: —No, Ismael, esa tía no es por parte de madre sino por parte de padre, tú no las conoces. —Eso dio paso a una tertulia, terminamos acordando una cita. Pero siempre esa cita era pospuesta; a veces ella tenía tiempo y yo no, otras veces yo tenía tiempo y ella no, porque su trabajo era un poco complicado ya que estaba al frente de una empresa llevando la gerencia. Al fin pudimos concretar una fecha para encontrarnos, el 1 de mayo, porque ese día era festivo por conmemorarse El Día del Trabajador. Nos citamos en uno de los sectores más concurridos de Guayaquil, en Urdesa, en un lugar llamado “El Español”, que oferta productos traídos desde la península ibérica: desde café y vino de alta calidad, hasta jamones. Llegué primero, como de costumbre, pedí un café para esperarla; después de cinco tazas de café ella llegó. Me parecía mentira, después de cuarenta años, volvemos a ver y conversar frente a frente como lo hacíamos en la escuela. No sé si daba pasos cortos o largos cuando se acercaba hacia mí, por un instante perdí la noción del tiempo, no supe qué hacer, pero con toda esa ebullición de emociones me paré y sólo acerté a darle un abrazo de bienvenida.

No atinaba qué decirle, me sentía como un adolescente, entonces ella tomó la iniciativa, pidió una botella de vino, una de las mejores de la casa, unos picadillos de jamón con salami y aceitunas, comenzamos una tertulia como cuando estábamos en la escuela. Me contó que tenía cuatro hijos, maravillosos y profesionales, me alegré por ella, pero cuando topamos el tema de las relaciones conyugales, fue un desahogo a su interior; con la mirada fija me contó sobre su fracaso con su exesposo, el calvario durante treinta años que duró estar juntos. Por mi parte, yo decidí poner fin a una relación que se mantenía por inercia, así que le pedí el divorcio, pero no me lo quería dar, insistí varias veces, no sabía qué hacer hasta que en Chone. Manabí, la tierra de hermosas mujeres, me salió una persona con la que me ilusioné, pero no volví a verla hasta hace unos años, cuando me presentó a

mi hijo. Lo primero que hice fue abrazarlo, luego conversamos, ese día lo pasé muy bien con mi hijo.

Con la madre de mis hijos el amor llegó a su fin, yo me había quedado sin trabajo y ella le pidió a su familia que la llevaran a Europa. En ese tiempo, muchos ecuatorianos migraban por la crítica situación económica que había en el país. Ella se fue llevando a los niños, yo me quede aquí solo, me dediqué a la cátedra; ella se casó con un italiano, que, según referencia de mis hijos, la maltrata. Yo siempre digo: uno hace su infierno o su gloria.

Copa tras copa, el vino se iba consumiendo y Mey Lee, con su sonrisa coqueta, me dijo: —Y, ¿qué tipo de relación quieras tener? Una relación corta de aventura o una relación que apunte a tener estabilidad. —Otra vez, yo no supe dónde estaba, sus palabras eran como un relámpago que me cegó, por un momento, ni supe qué responder, en mi mente sólo tenía imágenes del recorrido de la casa a la escuela, de los juegos entre los dos y los compañeros de la escuela, de cuando ella comenzó a trabajar, lo bonita que se la veía caminar hacia su trabajo, yo sólo en silencio la amaba, la mimaba, ese era mi amor, en silencio. Ahora que la tenía frente a mí, que me estaba preguntando qué tipo de relación quería, no le respondí; sólo me , la besé como nunca, no sé por cuánto tiempo, diciéndole que ya no había tiempo para los dos. Cogimos un taxi que nos llevó al hotel Indagara, en el centro de Guayaquil.

Capítulo 13

Eran las seis de la tarde, la noche empezaba a invadir el Puerto Principal. En el taxi nos besamos tantas veces que se nos hizo muy corto el viaje de Urdesa al centro de Guayaquil. El taxista nos veía por el espejo retrovisor, era tanta la pasión con los besábamos, que yo supuse que él estaría pensando: “par de viejos, no le dará vergüenza a su edad comportarse como adolescentes”. En ese momento, el taxista interrumpió mi cavilación anunciando que ya habíamos llegado. Le pagué, salimos del taxi, nos dirigimos a la recepción para solicitar una habitación. Nos dieron la 222, tomamos el ascensor y buscamos la habitación, sin dejarnos de besar.

Al entrar a la habitación, por un momento un silencio misterioso nos invadió, estábamos de frente, cada uno con la mirada fija, compenetrándonos, así empezamos a despojarnos lentamente de la ropa. Yo, sintiendo esa curiosidad que me provocaba su cuerpo, que aún se mantenía atractivo a su edad; era como si un dios griego hubiera creado a esa mujer que tantas veces la deseé, que era mi musa en silencio que, en cada sueño dejaba grabadas lindas estelas en el firmamento de mi pensamiento.

Encendimos nuestros cuerpos con pasión, nos comenzamos a tocar, a recorrernos como un pincel sobre el lienzo. Yo trataba de perfilar para mí a esa mujer de mis sueños, convertido en un escultor que percibía su cuerpo como perfecto, esculpido con el mejor mármol de Carrara, conocido.

Ningún lugar de su cuerpo escapó a mis besos. Sus pechos parecían volcanes encendidos a punto de erupcionar por el influjo de mis labios tibios que los recorrieron y avanzaron con ternura y amor hasta su vientre. Acaricé sus piernas briosas por la pasión, hasta que posé mis besos en su celestial apertura y provoqué sus espasmos. Los dos, turbados y febriles, nos desbordamos de pasión hasta alcanzar el clímax con un grito acompañado de un prolongado apretón de extremidades.

Nos quedamos absortos en un placentero. Después nos dimos un abrazo fuerte y ella se quedó dormida, luego también yo. Al despertarnos, nos volvimos a amar una y otra vez, con alternados descansos, hasta el destello de la aurora, derrochando energía y deseo.

Me despertó un rayo de sol que cruzaba las cortinas, me levanté para darme un baño con agua caliente, me puse el interior, me quedé en el sofá para contemplarla dormida, quieta,

recordando cuántas veces la había soñado desde el paso de mi niñez a la adolescencia y sintiendo cómo este amor que el tiempo había adormecido volvía a coger vida. No sé si es el tiempo o la divinidad quien hace justicia con los buenos, mi única certeza es este sentimiento renacido por haberla tenido entre mis brazos. Si volviera a nacer, volvería a amarla con la misma intensidad. No sé qué nos depare el futuro, porque hay tantas cosas que nos separan: la distancia, el trabajo, los hijos y sus problemas, pero si no pudiéramos estar juntos, bien sabe Dios que hice mi parte, que volveré a andar el camino que Él designe, tratando de amar y ser amado.

El amor es algo divino, no tiene tiempo ni espacio. Cuando llega, hay que disfrutarlo y respetarlo al máximo.

UNIVERSIDAD TÉCNICA DE BABAHOYO



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
TÉCNICA DE BABAHOYO



Por ti
UTB